

Meditaciones y Oraciones para el Tiempo de Adviento

An abstract painting featuring a central wreath made of thick, textured brushstrokes in vibrant yellow, orange, and green. The wreath is set against a dark, moody background of deep blues and blacks, with some lighter blue and white brushstrokes visible. The overall style is expressive and painterly.

CANTANDO CON
LOS PASTORES
VOL. III

Por el Profesorado, Estudiantes, Exalumnos y Amigos del
Escuela De Posgrado de Teología
UNIVERSIDAD CRISTIANA DE ABILENE

Editado Por **Mark W. Hamilton** Y **Kelli Gibson**

Traducido Por **J. Omar Palafox**

DEDICACIÓN

*A los niños que ahora están aprendiendo la fe
y todos los que les enseñan*

EXPRESIONES DE GRATITUD

Los editores agradecen a la administración de la Escuela de Graduados de Teología y de la Facultad de Estudios Bíblicos, especialmente a los Dres. Carson Reed y Mason Lee, por su apoyo a este volumen.

Nuestro agradecimiento especial al Dr. Omar Palafox por su traducción de este volumen al español.

La portada, titulada “Los días seguramente llegarán”, es obra de Mike Moyers, cuya obra se exhibe en <https://www.mikemoyersfineart.com/>. Esta obra está disponible a través del sitio web de la Facultad de Teología de la Universidad de Vanderbilt, “Arte en la Tradición Cristiana” (<https://diglib.library.vanderbilt.edu/>).

Los Pastores Cantan; ¿Y Yo Callaré?

Dios Mío, ¿No Hay Himno Para Ti?

(George Herbert, "Navidad" en *El Templo*)

El Adviento es la temporada que precede a la Navidad y la Epifanía, y marca el inicio del año de culto para muchas comunidades cristianas. Celebrar el Adviento de forma metódica y significativa permite a los cristianos encontrar un significado más profundo que el que ofrece la temporada festiva. Podemos dejar atrás la culpa, la competitividad, la envidia y el orgullo impulsados por el comercialismo en el que se ha convertido la Navidad en Estados Unidos y gran parte del mundo. La antigua práctica cristiana, desarrollada durante los primeros siglos de la vida de la iglesia, nos permite expresar nuestros anhelos más profundos de sanación, arrepentimiento, crecimiento espiritual, relaciones humanas enriquecedoras y, sobre todo, una sensación permanente de la presencia de Dios.

El Adviento es un tiempo de expectativa y anhelo. Durante este tiempo, anhelamos la segunda venida de Jesús, cuando entregará todas las cosas a Dios tras vencer a todos sus enemigos, especialmente a la muerte misma (1 Corintios 15:24–28). También recordamos su primera venida, no en gloria, sino en pobreza y sufrimiento, al entrar en nuestro mundo en toda su agreste belleza. El Adviento es una ayuda para expresar el anhelo y la memoria que, juntos, moldean nuestras almas en dirección al Dios Trino.

Después del Adviento vienen las temporadas de Navidad y Epifanía, a veces consideradas como los Doce Días de Navidad (como en el pegadizo villancico con las ordeñadoras y los señores saltando). Estos días celebran el nacimiento de Jesús y su presentación en el Templo. También nos recuerdan que nuestro anhelo por la presencia de Dios coexiste con nuestra conciencia de que Dios permanece con nosotros. Nuestra percepción de la ausencia de Dios es solo eso: nuestra percepción, nuestra experiencia. Vivimos cada momento entre

la sensación de nuestra experiencia y el anhelo de una mayor conciencia de la realidad tras las apariencias de nuestras vidas. El Adviento, la Navidad y la Epifanía nos ayudan a vivir en ambas realidades hasta el día en que Dios las haga una sola.

El gran poeta y escritor devocional inglés George Herbert (1593–1633) se dirigió a Dios y a sí mismo buscando palabras adecuadas para un tiempo de devoción durante el Adviento. Su poema “Navidad”, que forma parte de su obra maestra *El Templo*, describe todo el Adviento como uno en el que “El pastor y el rebaño cantarán, y todas mis fuerzas/ superarán en canto las horas del día “. En medio de nuestro remordimiento por el pecado y nuestro anhelo por un mundo mejor, esta época nos recuerda también el gozo que proviene de la confianza de que Dios escucha nuestras oraciones y honra el corazón contrito y humillado (Salmo 51:17).

Esta breve guía está diseñada para ayudar a los lectores que deseen orar y reflexionar sobre la venida del Señor durante este tiempo de Adviento. Para cada día del tiempo, recomendamos una lectura de la Escritura (cuya traducción puede provenir de diversas fuentes). Nuestros excelentes colegas han compuesto una meditación y una oración para la lectura de cada día. Las lecturas seleccionadas siguen el Leccionario Común Revisado para los Domingos de Adviento y Epifanía del Año A, con algunas modificaciones y adiciones. Las meditaciones y oraciones provienen del profesorado, estudiantes, exalumnos y amigos de la Escuela de Posgrado de Teología de la Universidad Cristiana de Abilene. Confiamos en que los lectores encontrarán este material útil para su vida de oración y contemplación.

Mark W. Hamilton y Kelli Gibson

HORARIO DE MEDITACIÓN

| Date | Text | Date | Text |
|---|-------------------------|---|---------------------|
| 27 de noviembre | Salmo 122 | 18 de diciembre | Gálatas 3:23-29 |
| 28 de noviembre | Hebreos 11:1-7 | 19 de diciembre | Salmo 80:1-7, 17-19 |
| 29 de noviembre | Mateo 24:1-22 | 20 de diciembre | Juan 3:31-36 |
| 30 de noviembre Primer Domingo de Adviento | Salmo 25:1-10 | 21 de diciembre Cuarto Domingo de Adviento | Miqueas 5:2-5a |
| 1 de diciembre | Salmo 124 | 22 de diciembre | Isaías 33:17-22 |
| 2 de diciembre | Génesis 9:1-17 | 23 de diciembre | Lucas 1:46b-55 |
| 3 de diciembre | Isaías 54:1-10 | 24 de diciembre Nochebuena | Tito 2:11-14 |
| 4 de diciembre | Salmo 72:1-7, 18-19 | 25 de diciembre, día de Navidad | Juan 1:1-14 |
| 5 de diciembre | Isaías 40:1-11 | 26 de diciembre | Salmo 148 |
| 6 de diciembre | Juan 1:19-28 | 27 de diciembre | 1 Juan 5:1-12 |
| 7 de diciembre Segundo Domingo de Adviento | Lucas 1:68-79 | 28 de diciembre Primer domingo después de Navidad | Colosenses 3:12-17 |
| 8 de diciembre | Salmo 21 | 29 de diciembre | Salmo 20 |
| 9 de diciembre | Isaías 41:14-20 | 30 de diciembre | Isaías 26:1-9 |
| 10 de diciembre | Mateo 12:33-37 | 31 de diciembre | Juan 8:12-19 |
| 11 de diciembre | Rut 1:6-18 | 1 de enero, día de Año Nuevo | Filipenses 2:5-11 |
| 12 de diciembre | 2 Pedro 3:11-18 | 2 de enero | Génesis 12:1-7 |
| 13 de diciembre | Salmo 146:5-10 | 3 de enero | Hebreos 11:13-22 |
| 14 de diciembre Tercer domingo de Adviento | Filipenses 4:4-7 | 4 de enero Segundo domingo después de Navidad | Efesios 1:3-14 |
| 15 de diciembre | Hechos 5:12-16 | 5 de enero | Hebreos 11:32-12:2 |
| 16 de diciembre | Salmo 42 | 6 de enero Epifanía | Isaías 60:1-6 |
| 17 de diciembre | Mateo 8:14-17, 28-34 | | |



27 DE NOVIEMBRE

ME ALEGRÉ CUANDO ME LLAMARON

Salmo 122

Me alegré cuando me dijeron: “Subamos a la casa del Señor . . .”

(Salmo 122)

Nuestras meditaciones de Adviento comienzan este año con un canto de peregrinos. Uno de los Salmos de las Ascensiones (Salmos 120–134), este breve canto narra la celebración individual del amor de una comunidad por un lugar y todo lo que este representa. Poco después de la reconstrucción de Jerusalén tras el cautiverio babilónico, la multitud que canta el salmo desfila hacia un templo restaurado donde esperan encontrarse con el Dios que se encontró con sus antepasados y que se encontraría con todos los que amaban la paz.

La canción representa un drama lleno de personajes interesantes: el “yo” que da voz a las palabras, que se regocija ante la perspectiva de la peregrinación y, mucho después de que el equipo de saneamiento recoja el confeti, la paz inalterable de la ciudad antaño atribulada; “ellos”, quienes también se unieron al desfile para recordar el pasado, lo bueno y lo malo, y dar la bienvenida al futuro; y el “tú” (femenino singular) de Jerusalén, la ciudad no solo de piedra y cemento, sino de sueños y esperanzas. El amor por la comunidad y el amor por el lugar se unen en la mente de todos los que cantan la canción.

El drama también tiene una trama. Una larga historia precede a la canción, llena tanto de los “tronos de David”, símbolos de grandes gobernantes del pasado de Judá (ahora recordados con caridad) que hicieron justicia a las personas vulnerables, como del momento trágico: la destrucción de la ciudad. La historia continúa en el momento de la canción, cuando la comunidad (“yo” y “ellos”) se une para cantar una canción de amor a su ciudad y todo lo que significa.

Sin embargo, el capítulo final permanece sin escribir. Esta canción presenta personajes en busca de una conclusión. Esa conclusión se enmarca en el concepto de *shalom*, paz, bienestar o concordia. El cantante invita a otros a “buscar” *shalom*, indicando su condición

de aspiración, no de realidad fija ni de certeza. Deben trabajar, orar y anhelar esa paz tanto para los edificios de la ciudad como para sus murallas, que la canción espera que nunca sean necesarias para su protección, sino solo como símbolo de estatus (como en Isaías 60). La ausencia de caos y conflicto, tanto interno como externo, es la conclusión buscada de la historia.

El cántico termina nombrando a aquellos para quienes ese bienestar o concordia es importante: “por amor a mis hermanos y vecinos” y “por amor al templo del Señor.” El salmo termina donde comenzó, con una comunidad de personas justas que acuden a una casa de oración, un lugar de reconciliación y renovación.

Esta oración forma parte de una larga historia de oración por la propia Jerusalén como lugar sagrado. Esta oración literal merece atención hoy en día, y debería ser una práctica habitual para los cristianos que buscan vivir en paz con todos, como nos enseñó Jesús.

Al mismo tiempo, la oración tiene una aplicación más general, ya que no solo valoramos el lugar terrenal de Jerusalén y el bien que representa, sino también la ciudad eterna a la que apunta y la paz eterna que reina allí. La injusticia de ayer, el horror de hoy y los sueños de crueldad futura se desvanecen. Nuestras oraciones y las vidas que honran esas oraciones ayudan a reescribir la historia humana para que pueda terminar en tal eventualidad. Esto no se debe a nuestras capacidades humanas, sino a que nuestras oraciones buscan al Dios que nos encuentra, como el “yo” y el “ellos” en esta canción.

Nuevamente, esta canción sirve como fuente para nuestra primera meditación de Adviento, ya que este tiempo evoca las antiguas oraciones de paz, el antiguo amor por el lugar y la comunidad, y el antiguo compromiso con acciones que contribuyen a construir un mundo mejor. Al igual que los primeros peregrinos que rezaron este salmo, anhelamos que cada lugar sea un lugar de paz y que cada ser humano experimente bienestar, plenitud y concordia. Deseamos decir a todo el mundo: “Vengan, y vayamos a la casa de Dios y celebremos juntos.”

Oh, Dios, que reconstruyes ciudades y vidas arruinadas, que unes a quienes buscan y forjan la paz a través de las fronteras del idioma, la historia y la cultura, reconstruye nuestras relaciones rotas. Reordena nuestras mentes distraídas y enfermas para que también busquemos la paz no solo de Jerusalén, sino de cada ciudad y pueblo. Amén.

Mark W. Hamilton

28 DE NOVIEMBRE

CONFIANDO EN LO INVISIBLE

Hebreos 11:1-7

Ahora bien, la fe es la confianza en lo que esperamos y la certeza de lo que no vemos. Por esto fueron elogiados los antiguos (Hebreos 11:1-2)

Mi abuela ponía cajas vacías debajo del árbol de Navidad. Eran brillantes y coloridas, cuidadosamente envueltas, adornadas con cintas y lazos. Pero vacías. Durante once meses estuvieron guardadas en un armario, guardando adornos navideños y otros objetos para la temporada. En noviembre, después de sacar las cajas y distribuir su contenido festivo por su pequeña casa, las volvió a cerrar y las usó para llenar el espacio bajo su pequeño árbol artificial en la esquina de la sala. Pero estaban vacías, algo que descubrí la primera vez que las agarré y las sacudí rápidamente sin que nadie me viera.

Las cajas parecían regalos envueltos; prometían alegría navideña, pero no contenían lo auténtico. Era demasiado pequeño para apreciar la sencilla economía de almacenamiento de la abuela ni la ingeniosa forma en que hacía que su escaso árbol pareciera más abundante. Después de una o dos Navidades, cuando me di cuenta de que los regalos falsos no lo eran todo y de que la abuela nos traería regalos auténticos con el tiempo, empecé a apreciar de nuevo esas alegres cajas de regalo vacías. Anunciaban la temporada, prometían sobre el futuro y nos entusiasmaban con lo que estaba por venir.

El autor de Hebreos intenta recordarle las promesas a un grupo de antiguos creyentes, renovar su confianza en el Dios invisible al que servían, reavivar su esperanza y entusiasmarlos con lo que se avecinaba. Al principio, habían confiado en las promesas del evangelio, creyendo en el mensaje, comprometiéndose con el Señor y sacrificándose por él. Pero el tiempo transcurrió. A medida que las cosas se complicaban y lo que anhelaban no se materializaba, se preguntaban: ¿Cómo podemos confiar en algo, en alguien, a quien no vemos?

La lectura de hoy nos recuerda que a esto fuimos llamados: a la fe, a la confianza y seguridad en lo invisible, a una esperanza aún no realizada. Sin embargo, no es una fe infundada

ni meras ilusiones. Es una fe cimentada en el testimonio y la experiencia. Incluso la creación es un atisbo de esperanza cumplida. No estuvimos presentes en el momento de la creación, ¡pero aquí está! Y creemos que Dios lo creó todo. Es más, el mismo mundo en el que vivimos nos enseña que todo lo visible tiene su origen en lo invisible. Si confío en el suelo que piso, mis propios pasos son una forma de practicar mi confianza en Aquel invisible que lo creó y lo sostiene.

Abel no podía ver su recompensa futura, pero confió en el Dios que adoraba. Su sufrimiento y muerte no le quitan nada a su fe, una fe que nos habla desde el más allá. Su sufrimiento no fue la recompensa, pero acentúa la esperanza en una plenitud invisible, que aguarda más allá de su sacrificio. Los fieles son como Enoc, quien fue rescatado de las luchas de esta vida por medios maravillosos que ningún ser humano podría prever ni comprender porque, como él, creen que Dios existe y recompensa a quienes lo buscan con sinceridad. Noé no pudo ver el diluvio prometido antes de que llegara, pero creyó en Dios, por lo que invirtió su trabajo, tiempo y honor, luchando durante años en las tareas que le fueron asignadas debido a su fe en algo invisible: un día prometido de rescate y un día de juicio.

Se acerca el día de Navidad. Aún no lo podemos ver, aunque las próximas semanas nos darán un montón de pistas, con promesas a cada paso: listas de la compra, el aroma de especias cálidas, belenes, villancicos, regalos envueltos con colores brillantes que se reúnen bajo el árbol. Aún no podemos ver el Día, pero todas las pistas y promesas harán que sea casi imposible que no creamos en su llegada. Al sumergirnos en las actividades, disfrutando de las vistas y los olores, cultivamos una especie de esperanza por el Día.

Quizás esto nos dé una pista sobre cómo entrar en esta temporada, apreciando sus detalles. No todos son vacíos; muchos son significativos y esperanzadores. Sin embargo, son provisionales. Nuestra verdadera esperanza está en la venida del Señor. Esta temporada nos invita a practicar esa esperanza, prestando atención a las pistas y promesas, a los ritmos y gestos, contando historias de fe y viviendo la nuestra. La lectura y la oración, el canto y el servicio, la celebración y la perseverancia: todo esto nos ayuda a enfocar nuestra esperanza, orientando nuestras vidas hacia la voluntad del Dios que cumple sus promesas.

Oh, Dios, creo en ti y confío en tus promesas, pero anhele una confianza más profunda. En los días en que mi confianza flaquea y no tengo esperanza, agradezco tu paciencia y apoyo. Al comenzar esta temporada, muéstrame maneras de poner en práctica mi esperanza en la venida del Señor, mediante la oración, la celebración y el servicio. Amén.

Jeff W. Childers



29 DE NOVIEMBRE

¿QUIÉN HA OÍDO HABLAR DE UN PARTO SIN DOLOR?

Mateo 24:1-22

“Estas cosas son como los primeros dolores cuando algo nuevo está por nacer” (Mateo 24:8)

¡Bebés, bebés, bebés! A Dios le encanta crear vida, y las personas son sus favoritas. Se anuncia un nombre: “Gretchen, Nasir, Alora, Omar”, y el mundo cambia para siempre. Jesús. En sus últimos capítulos, Mateo documenta minuciosamente la última semana de Jesús antes de su crucifixión y el frenesí de enseñanza que emprende. ¿Será la historia de un nacimiento? Parece que sí.

2025 ha sido un año lleno de vida. Tantos nacimientos, cada uno con una historia diferente al unirse a la vida de su familia. Una cesárea programada, una no programada, un niño completamente sano (¡pero delgado!) nacido milagrosamente siete semanas antes de lo previsto. Una niña prematura cuya vida terrenal duró solo unas horas. Un joven llegó más rápido de lo que papá podía (¿debería?) conducir y nació en la parte trasera del coche. De verdad. Menuda historia de comienzo. La vida es un milagro, nos atrevemos a decir que nace del terror siempre. Cada vida, ya sea medida en minutos y horas o días y años, contiene momentos de inspiración y esperanza.

Debido a que son íntimas pero comunes, las personas tienden a compartir historias de nacimientos como parte de una amistad creciente. Hablan de sus propios hijos y de sobrinos y sobrinas de quienes se enorgullecen. Algunos hijos de amigos se sienten como nuestros. Todos tenemos una historia de nacimiento y no hay dos iguales. No hay un “bla, bla, ya sabes cómo va”. Por mucho que cualquier padre ansioso pueda aprender y planificar, literalmente nunca se sabe cómo podría terminar. El hecho de que haya tantas maneras diferentes de contar una historia común es un milagro en sí mismo: una forma de conocer y de hacerse conocido.

Jesús también hizo esto. Para afianzar su esperanza, les contó la historia de su regreso y el nacimiento de la perfección del reino. Pero no es una historia exenta de dolor.

Justo antes de su pasión, Jesús profetiza acontecimientos dolorosos a sus seguidores. Los edificios del Templo se derrumbarán. Los engañadores se harán pasar por Dios. Guerras, hambrunas y acontecimientos aterradores sobrevendrán a la gente incluso mientras se predica la buena nueva del reino de Dios. Jesús describe el fruto de la gente que se aleja de Dios y sigue su propio camino: la corrupción.

Jesús no intenta asustar a sus seguidores en sus últimos días. Asustar a la gente para forzar un cambio, no a la manera amorosa de Jesús.

Jesús, afligido, llora por la ciudad santa. “¡Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37). Sin forzar el cambio, sino explicando lo que la gente entiende básicamente como “lo que se siembra se cosecha”, Dios da a las personas lo que sus acciones demuestran que desean. Los seres humanos que funcionan sin la guía divina tienen una capacidad limitada para ver que lo que creen que quieren no es en absoluto lo que realmente desean. Los destruirá, sin dejar piedra sobre piedra. Dios no impone a nadie el don de la paz ni la alegría plena de la obediencia. Jesús explica, como lo hizo Dios a través de los profetas de antaño, qué terrible será el tiempo cuando las consecuencias de las propias acciones de las personas maduren y les recaigan. Con la gracia de Dios, este tiempo terrible será breve.

¿Se siente corto como aquel parto en el asiento trasero? ¿O se siente más como aquellas veinticuatro horas de parto inducido que precedieron a la cesárea? Cuando las personas se encuentran en medio de la corrupción, podemos recordar el dolor de Jesús y saber que nuestro sufrimiento contrista el corazón de Dios.

Avanzamos unos miles de años. Somos estos seguidores y esperamos. Independientemente de la dolorosa historia que cada uno pueda contar, nueva vida surge de, a través y a pesar de nuestro sufrimiento. Comienza el Adviento; el mañana se acerca. A través de la vida del Niño de esta época, el cielo y la tierra renacen. El dolor de esta vida agudiza nuestra visión para estar atentos a cuándo puede llegar la novedad. Fortalece nuestra determinación de que el dolor es productivo. En esto encontramos esperanza. A menudo es inesperada. A veces es tenue, pero es real, respira y crece.

“Porque os digo que no me volveréis a ver hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mateo 23:39).

Dios, juntos esperamos. Como comunidad, y porque estás en comunidad con la gente, confiamos en este extraño camino hacia la bendición que es el dolor, la pena y la lucha. Abrimos nuestras manos a tu paz mientras nos liberamos y confiamos. Nuestra fe es débil; tu fidelidad es intachable. Estamos aquí. Jesús, ten piedad; sí a ti, Espíritu. Amén.

Beth Ann Fisher

30 DE NOVIEMBRE

ENCONTRANDO EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

Salmo 25:1-10

*“Dirígeme con tu verdad y enséñame,
porque tú eres el Dios que me salva . . .” (Salmo 25:5)*

Con el GPS en nuestros teléfonos, es difícil recordar la época, no hace tantos años, en que llevábamos en el coche grandes mapas de papel, que leíamos y releíamos antes de parar a preguntar por direcciones. Incluso hoy, el teléfono a veces nos desvía porque el mapa no es igual al terreno. Encontrar la ruta correcta del punto A al punto B nos supone un reto, en parte, porque no estamos seguros de querer llegar allí después de todo.

La metáfora de la búsqueda de caminos aparece en el Salmo 25 como una forma de describir no el viaje, sino la vida misma. El lema “La vida es un viaje” se ha convertido en un cliché, pero comenzó como una forma sustancial de pensar sobre la existencia humana. De hecho, comenzó en la antigüedad, cuando viajar desafiaba incluso al aventurero más intrépido. Encontrar el camino correcto, libre de peligros y que condujera al destino correcto, no era algo que se pudiera dar por sentado.

El Salmo 25 es un poema acróstico, donde cada verso comienza con una letra sucesiva del alfabeto hebreo (excepto qof, que por alguna razón desapareció). Esta forma poética permite al poeta insinuar su completitud, ya que cada pensamiento sobre el tema aparece, de la A a la Z. La idea integral aquí implica el papel de Dios como guía y guía de la vida misma. Lleno de infinita compasión y misericordia, el Dios del salmista invita a quien canta este poema a recorrer el camino con la plena confianza de llegar sano y salvo al destino final.

Los versículos 5 y 6 parecen especialmente relevantes, ya que el poema cambia ligeramente de la metáfora del camino a la metáfora de la enseñanza, o más bien, de Dios como maestro. “Dirígeme por tu camino fiel y enséñame”, suplica el poema. Y luego un verso que podría traducirse de dos maneras. ¿Dice el resto del versículo “enséñame porque eres el Dios que me salva” o “enséñame que eres el Dios que me salva”? O, dicho de otro modo, ¿es

el compromiso de Dios con la liberación de los seres humanos la cualificación principal del maestro divino, o es el contenido del currículo? Cualquiera de las dos interpretaciones se ajusta al texto hebreo, aunque las traducciones al español generalmente prefieren la primera.

Quizás, al final, la decisión no importe. En cualquier caso, el salmo propone una estrecha relación entre el compromiso radical de Dios de liberar a los seres humanos de todo lo que nos esclaviza, ya sean nuestros pecados o los de otros, y la respuesta que dará el ser humano al aprender de Dios. Confiamos en las acciones de Dios porque confiamos en su carácter. Aprendemos sobre el carácter de Dios a través de sus acciones. El círculo de la vida espiritual nos atrae y nos orienta hacia nuestro verdadero ser y nuestro verdadero destino. El punto A de nuestra alma viaja al punto B de la presencia permanente de Dios.

El versículo 6 profundiza en este tema. Parece que no todo el trabajo del aprendizaje lo hacen los humanos. El salmo ora: “Acuérdate, oh Señor, de tus misericordias.” Esta oración le pide a Dios que haga lo que todo maestro debe hacer: cultivar la memoria para guiar al estudiante por el buen camino. Aquí, Dios debe cuidar la memoria recordando las obras de misericordia y (v. 7) olvidando “los pecados de mi juventud.” Todo maestro debe hacer esto, pues de lo contrario, nunca ayudaríamos a nadie a progresar.

“Enseñar” y “recordar” juntos describen una ecología de aprendizaje, un espacio mental y social donde la búsqueda de la verdad puede florecer, conduciendo finalmente a la salud espiritual. El salmo anhela eso, y, por supuesto, nosotros aún lo anhelamos. La conciencia de la verdad es en sí misma una forma de liberación, ya que creer en las mentiras es necesario para vivirlas. Descreer de las mentiras nos libera de su dominio.

Este salmo da un giro final al final. El último verso no encaja en el patrón acróstico y desplaza el enfoque del individuo al grupo. La persona que ora y confía en Dios busca la liberación para el pueblo de Israel y, por ende, para los portadores de la promesa divina. No podemos conformarnos con la liberación solo para nosotros. Debemos compartir la experiencia para que alcance su máximo poder.

Durante este Adviento, renovemos nuestro compromiso con el arte de aprender a vivir, reconociendo la frecuencia con la que nos desviamos del mapa, los giros equivocados que tomamos y la facilidad con la que nos distraemos al volante. Sí, todo eso. Pero reconozcamos aún más que el Dios pionero y buscador nos precede y nos muestra el camino.

Oh, Dios de los largos caminos y los gloriosos paisajes de la vida, enséñanos a dónde ir y cómo llegar. Amén.

Mark W. Hamilton



1 DE DICIEMBRE

LAS COSAS PODRÍAN SER DIFERENTES

Salmo 124

“Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, creador del cielo y de la tierra”

(Salmo 124:8)

Podría haber sido diferente.

Al reflexionar sobre los momentos decisivos de nuestra vida, nos damos cuenta de la verdad de esa afirmación. Durante las largas noches en que repasamos nuestros errores o fracasos morales, recordamos los momentos en que podríamos haber tratado mejor a nuestros seres queridos o haber mostrado mayor integridad en nuestro trabajo o en nuestro ocio. Las cosas podrían haber sido diferentes.

Pero lo mismo ocurre con los aspectos más positivos de nuestra vida. Muchos momentos de alegría o éxito, momentos en los que la suerte nos salió bien, también se reflejan en nuestras reflexiones sobre la vida. Probablemente, esos momentos superan con creces a los más negativos, y en general vivimos mejor de lo que merecemos. Todos lo sabemos.

Sin embargo, existe una tercera zona de contingencia que debemos reconocer. En el ámbito de la fe en Dios, también reconocemos que las cosas podrían ser diferentes. La fe nos llama a confiar en las promesas de Dios, a esperar alivio de las fuerzas del mal y a anticipar la guía espiritual en momentos de vacilación y posible insensatez. Sin embargo, a menudo desconocemos por un tiempo si Dios nos dará la salvación. La incertidumbre es parte de la fe. La fe no es una fórmula matemática, sino una postura hacia otra persona, Dios. En los momentos en que no podemos imaginar una solución a un problema ni vislumbrar alivio de la opresión o el sufrimiento, aun así, confiamos.

Como una exploración de lo que pudo haber sido, el Salmo 124 se presenta en una secuencia de cánticos de peregrinación, los Salmos de las Ascensiones (Salmos 120–134). En su origen, los peregrinos al templo de Jerusalén los cantaban al entrar en procesión a la Ciudad Santa. Este salmo sigue a un cántico que describe la relación de Israel con Dios como

la de un siervo que observa las manos de su amo para ver qué haría. La liberación debería llegar, pero aún no ha llegado.

El Salmo 125, por su parte, habla de la liberación que experimentan quienes confían en el Señor. La fe se convierte en visión una y otra vez, sin que la fe desaparezca jamás.

El Salmo 124, por su parte, se sitúa en el centro, en el momento en que lo que podría ser se convierte en lo que nunca fue. El salmista recurre al antiguo lenguaje de las aguas del caos que amenazan toda vida y bien. Ese lenguaje se inspira, a su vez, en el terror humano primitivo, aún más antiguo, de ahogarse. Las aguas que “nos habrían tragado vivos” simbolizan cualquier tipo de poder capaz de consumir a víctimas indefensas. Las aguas y las inundaciones señalan la impotencia de gran parte de la existencia humana. El lenguaje de las trampas y las aves que escapan cumple el mismo propósito. La persona y la comunidad en peligro viven para ver otro día.

¿Qué pudo haber sido? Desastre, eso es. Sufrimiento. Pérdida. Extinción.

El salmo invita a los peregrinos a cantar sobre los momentos de liberación que han experimentado como comunidad. No especifica el momento ni la naturaleza de esos momentos, dejando que los peregrinos llenen los espacios vacíos. Dada la gravedad de los acontecimientos que rodearon el exilio babilónico, esa experiencia fue el Desastre Número Uno en la mente de los cantores, pero el salmo permanece abierto. Cada vez que la comunidad se enfrenta a la posibilidad de su fin, puede evocar palabras como estas para recordarse que ha sobrevivido a desastres antes.

Como siempre, existe un riesgo para los intérpretes. Muchos cantamos en la iglesia la frase “Si no hubiera sido el Señor quien estuvo de nuestro lado”, posiblemente sin pensar mucho en las tensiones que revela. La autocomplacencia y la autocomplacencia nos tientan cuando pensamos en Dios como alguien que está de nuestro lado, o si traducimos el hebreo de forma aún más literal, “por nosotros” o “perteneciente a nosotros.” Podemos llegar a pensar en Dios como la mejor póliza de seguro, un as bajo la manga. Pero no tan rápido.

El salmo sabe que enfrentamos el peligro espiritual de la arrogancia. Sin embargo, Dios sigue siendo Dios, y nosotros seguimos siendo criaturas. Debemos vivir en la tensión de no saber, pero esperar; de no ver, pero imaginar; de no escuchar, pero aun así unirnos a la canción. Dios no puede ser un mago que nos impulse a vivir mejor ahora, ya sea como individuos o como iglesias. Vivimos en una relación con Dios basada en la confianza, porque aún no hemos visto todo lo que algún día puede ser.

La última línea lo dice todo, señalando la contingencia definitiva: el universo mismo. “Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, creador del cielo y de la tierra.” La realidad misma de la creación, que no tenía por qué haber sucedido, da testimonio del Dios que,

para expresar amor, creó mundos para recibir ese amor, incluyéndonos a nosotros. Lo que podría no haber sido, realmente es.

Oh, Dios, ayúdanos para que las fuerzas que buscan disolver tu creación, incluso las que habitan en nuestras almas, no nos devoren. Amén.

Mark W. Hamilton



2 DE DICIEMBRE

UN ARCOÍRIS Y UN BEBE

Génesis 9:1–17

“El que derrame sangre humana, por otros humanos debe ser derramada su sangre; porque a imagen de Dios creó al ser humano” (Génesis 9:6)

Sangre. Siempre se reduce a sangre. Escrito así, parece ser la introducción a una novela de terror o suspense más que un devocional navideño. Sin embargo, aquí, en Génesis 9, leemos una vez más sobre la importancia de la sangre, la importancia de la vida y la importancia de la creación de Dios: un tema recurrente en las Escrituras que resuena en Cristo.

El texto devocional del Génesis forma parte de una historia muy conocida. Sin embargo, a la mayoría le podría costar recordar algo más allá de la promesa del arcoíris, que a menudo aparece con gran belleza en los libros infantiles: después de que el Diluvio exterminara a todos los malvados, llegó el arcoíris, la promesa de Dios de no volver a destruir el mundo de la misma manera. Esta simplificación de la conversación de Dios con Noé, si bien es comprensible al hablar con niños, no logra transmitir la verdadera magnitud de este pasaje ni, más importante aún para nuestros propósitos en esta temporada, su relación con Cristo.

Repasemos la historia. Tras la destrucción viene una bendición, que da inicio a este pacto. Se pronuncian sobre Noé las palabras habituales: “Fructificad y multiplicaos”, junto con la promesa adicional de protección contra los animales, ya que temerían a la humanidad. Inmediatamente después de estas promesas, vino la advertencia de no comer sangre animal ni matar a otros humanos. ¿Por qué? La sangre es sagrada porque es vida. Al derramar sangre humana, matamos a la persona que lleva la imagen de Dios. De ahí el pacto: Dios no volverá a destruir la tierra con un diluvio, y no se supone que destruyamos su imagen. Afortunadamente, sin embargo, el pacto de Dios no depende de nosotros. La disposición de Dios a cumplir su promesa, incluso cuando los humanos fallan, fue evidente cuando Dios no la puso como condición para no inundar la Tierra, ni designó el arcoíris como recordatorio para los humanos (v. 15). En cambio, el arcoíris es un recordatorio para Dios.

Dios sabía que los humanos no honrarían la vida. Destruirían la imagen de Dios al quitarles la vida a otros, y sin duda hemos fallado. Puede ser tentador distanciarse de ese momento histórico. Quiero afirmar que fueron *ellos*, no *yo*, quienes mataron a Cristo. No mato la imagen de Dios, quiero decir. Sin embargo, aceptar a Cristo como salvador es reconocer que fue mi pecado el que lo llevó a la cruz.

Además, no dudo que yo también habría gritado con la multitud para que lo crucificaran. ¿Cómo lo sé? Porque he intentado destruir la imagen de Dios antes. No físicamente (no hace falta llamar a la policía), sino de otras maneras: mental, emocional y verbalmente. He vilipendiado a la gente, he tenido prejuicios y la he tratado como inferior a mí. Cada vez que lo hice, intencional o accidentalmente, no solo no reconocí la imagen de Dios en esa persona, sino que intenté reprimirla o destruirla. ¿Estás dispuesto a admitir lo mismo? ¿Puedes ver cómo tú también has fallado en cumplir el pacto?

Ese momento, el derramamiento de la sangre de Cristo, sin embargo, fue ordenado por Dios y la razón misma por la que Cristo vino. No tengo que morir, como exige el versículo seis, porque Cristo murió por mí.

Sin embargo, necesito que me lo recuerden. En una vida ajetreada, es difícil recordarlo. En una temporada llena de luces bonitas, sentimientos cálidos y chocolate caliente, la cruz puede parecer distante. Después de todo, es difícil imaginar la imagen sangrienta del Salvador junto con los belenes idealizados sobre la repisa de la chimenea. Aun así, van de la mano, como un arcoíris después de un diluvio. Quizás sea hora de que tomemos una página del libro de Dios y veamos al bebé en el pesebre como un recordatorio, un poco como el arcoíris: un recordatorio de la importancia de la vida después de la destrucción, de la sangre y la cruz.

Señor, Creador y Destructor, Portador de Justicia y Misericordia, gracias por el arcoíris. Gracias por el pesebre. Gracias por la cruz. Perdónanos por destruir tu imagen en nuestros pensamientos, palabras y acciones. Perdónanos por maltratar tu creación. Que no reduzcamos esta época a un cuento infantil, como a menudo hacemos con el Diluvio. Que no pasemos por alto lo que nos recuerdas y a lo que nos llamas en este tiempo y lugar. Viniste a morir para que podamos vivir. “Gracias” no es suficiente, así que aquí está mi vida como ofrenda fragante. Alabado sea tu nombre. Amén.

Ariel Bloomer

3 DE DICIEMBRE

UN NUEVO FUTURO

Isaías 54:1-10

Para mí, esto es como las aguas de Noé, cuando juré que no haría que las aguas de Noé inundaran la tierra... Aunque las montañas se erosionen y las colinas tiemblen, mi amor inquebrantable no se apartará de ti, ni mi pacto de paz se tambaleará . . . (Isaías 54:9-10)

¿Cómo hablar con un grupo de personas que han sufrido una tragedia compartida? ¿Cómo ayudarlas a evitar la desesperación desgarradora o el nihilismo de comer, beber y divertirse? ¿Cómo devolverles su humanidad plena?

Isaías 54 forma parte de la extensa colección de poemas de Isaías 40-55 que responden precisamente a este tipo de preguntas. Este poema, o quizás dos poemas (versículos 1-8 y 9-10), comienza con una imagen dominante: la mujer sin hijos que de repente tiene tantos que no sabe qué hacer con ellos (versículos 1-4). Continúa con una imagen estrechamente relacionada: la esposa abandonada cuyo esposo regresa a casa y arregla las cosas (versículos 5-8). Luego, la imagen cambia por completo al diluvio universal de Noé. Este cambio radical tiene un efecto importante, como explicaré.

Las dos primeras imágenes—¿o son una sola?—reflejan los horrores del exilio babilónico, con sus consiguientes terrores de migración forzada, asesinato, saqueo, degradación y decadencia. El infierno se ha desatado y ha absorbido a toda esta gente. Cuando Sión, la mujer del poema, se entera de sus hijos, el poema no habla metafóricamente. Huérfanos de verdad han crecido y han dado a luz a sus propios hijos. La catástrofe da paso finalmente a nuevos comienzos.

La imagen de la esterilidad se transforma en la de la falta de marido, y aquí la situación se complica. Por un lado, el profeta debe hablar de Dios como debidamente enojado por el pecado, pero por otro, la experiencia del exilio ha sido tan terrible que hablar de seres humanos que merecen castigo parece, de alguna manera, incorrecto. Así pues, el poema

avanza con mucho cuidado, reconociendo el antiguo lenguaje profético del pecado y el castigo, pero también destacando el lenguaje igualmente antiguo de Dios como “redentor” y “santo.” La santidad de Dios se manifiesta con mayor claridad en la misericordia, el perdón y la reconciliación.

Es difícil conciliar todas estas imágenes, y los intérpretes modernos se equivocan fácilmente, ya sea interpretando el discurso divino demasiado literalmente, como una especie de manipulación del pueblo, o minimizando la voz predilecta del poema, de amor inquebrantable y misericordia. Probablemente, el público antiguo percibía los textos con más matices al conectarlos con su propia situación.

En cualquier caso, el paso a la imagen final, el diluvio de Noé, es aún más notable porque parece surgir de la nada. Pero la analogía subyacente es clara: el horror del exilio se asemeja al horror del diluvio; la alegría del regreso se asemeja a la alegría de sobrevivir al diluvio. El poema indaga en el pasado en busca del mayor horror que conoce el público israelita, lo compara con su experiencia pasada inmediata y ofrece un camino a seguir.

El poema recuerda la historia del diluvio particularmente por su final, cuando Dios promete no permitir que vuelva a ocurrir semejante calamidad. Aunque incluso las majestuosas montañas se erosionan, la lealtad radical de Dios no lo hace. La relación con Israel tiene una cualidad eterna.

La reflexión del poema sobre esa relación utiliza la frase “mi pacto de paz.” Es decir, la relación entre Dios e Israel no es la de un amo y un esclavo, ni la de un usuario y un usado, sino una idealmente llena de bienestar y paz. El objetivo es mucho más que la supervivencia. Es florecer en todos los sentidos. Los recién nacidos y la tierra renovada simbolizan un futuro más feliz. Las diversas metáforas que se suceden en la lectura de hoy apuntan todas en la misma dirección: un mundo renovado.

En nuestro propio contexto, presenciamos calamidades comparables al exilio babilónico que azotan a muchos de nuestros semejantes, aunque no necesariamente las experimentamos nosotros mismos. La violencia a gran escala patrocinada por el Estado no ha cesado. Nuestro propio país está involucrado en tales actividades mientras hablamos. Sin embargo, el compromiso de Dios con el pueblo elegido de Israel también se extiende a todas las personas que sufren. El cuidado divino por los que sufren es evidente. El llamado divino a ayudar a los que sufren aún resuena en nuestros oídos.

Este texto esperanzador nos es útil durante el Adviento, ya que en esta época reflexionamos profundamente sobre nuestra esperanza en el futuro de Dios. Reconocemos las difíciles condiciones del presente, pero vivimos convencidos de que la tragedia no prevalecerá, el

horror no perdurará, el mal no triunfará. Todo esto es el mensaje que proclamamos a los seres humanos quebrantados. Todo saldrá bien.

Oh, Dios, que todo lo arregla, haz que nuestros días sean como los de Noé y su familia cuando descendieron del Arca y comenzaron de nuevo. Ayúdanos a comenzar de nuevo también. Amén.

Mark W. Hamilton



4 DE DICIEMBRE

CUANDO REINA LA JUSTICIA

Salmo 72:1-7, 18-19

“... Que en sus días florezca la justicia y abunde la paz” (Salmo 72:7)

No hay himno navideño más querido en casa que *“Oh Holy Night.”* Mi esposo y yo compartimos recuerdos profundamente grabados de pasearnos en las largas noches de diciembre con nuestro recién nacido, cuya adopción, tan esperada y por la que tanto se rezaba, se produjo repentinamente ese Adviento y aportó una especial intensidad a una temporada marcada por la espera, el anhelo y la anticipación de la alegría futura.

Dimos vueltas y vueltas por la sala y cantamos con ese ritmo alegre y alegre característico de quienes intentan con valentía dormir a un bebé inquieto: “Por mucho tiempo el mundo yació en pecado y error, suspirando, hasta que él apareció y el alma sintió su valor.” Con los ojos vidriosos, susurramos: “Su ley es amor y su evangelio es paz... en su nombre cesará toda opresión.” Esa canción adquirió una resonancia diferente para nosotros ese año, una resonancia que conserva hasta el día de hoy. *“Oh Holy Night”* nos evoca tanto esas noches de insomnio de tranquila alegría por un anhelo cumplido, como el anhelo que albergamos de que la buena nueva se conozca y se vea en el mundo que nosotros, nuestros hijos y nuestros vecinos habitamos juntos.

El Salmo 72 es un salmo que solicita la guía de Dios para los gobernantes de Israel: “Oh Dios, da al rey tu justicia, y tu rectitud al hijo de un rey.” Pero este cántico también cobra una resonancia particular durante el Adviento, dado que esta época está marcada por nuestra esperanza y expectativa del regreso de Cristo Rey, quien reinará con justicia, misericordia y gloria. Cuando escuchamos al salmista pedir a Dios un rey que reinaría “mientras el sol perdure, mientras la luna perdure, por todas las generaciones”, recordamos el anuncio de Gabriel a María de que Jesús recibiría “el trono de su antepasado David” y que “su reino no tendrá fin” (Lucas 1:32-33).

Cuando escuchamos el deseo del salmista de un rey que “defienda la causa de los pobres del pueblo y libere a los necesitados”, nos encontramos en Nazaret nuevamente escuchando a Jesús citar al profeta Isaías para anunciar su ministerio de traer buenas nuevas a los pobres y proclamar la liberación de los oprimidos. Cuando escuchamos la esperanza de que el reinado de un rey traiga prosperidad y abundancia, vemos a Jesús convirtiendo cinco panes y dos peces en un festín para una multitud, y aún sobrando (Lucas 9:12–17). Al reflexionar en la imagen del salmista del reinado de un rey justo como la lluvia tan necesaria sobre la tierra seca, pensamos en los “tiempos de refrigerio” que traerá el regreso del Mesías (Hechos 3:19).

En este tiempo de Adviento, esperamos el día en que la justicia del reino de Cristo se realice plenamente y eternamente en la tierra como en el cielo. Y hasta ese día, vivimos y trabajamos en el mundo bajo la autoridad de líderes humanos, quienes pueden o no encarnar las cualidades de liderazgo que el salmista expresa en su esperanza. Anhelamos gobernantes justos, autoridades en todas sus formas que actúen de una manera que refleje el carácter y el cuidado del Dios de Israel, cuyos rasgos distintivos son la justicia y el amor inquebrantable. Anhelamos que lo que está roto sea remendado, que el sufrimiento sea consolado y que lo dividido sea reconciliado. En el lenguaje de las Escrituras, anhelamos los nuevos cielos y la nueva tierra, “donde mora la justicia” (2 Pedro 3:13). Y, mientras tanto, oramos por nuestros líderes y todos aquellos que ostentan autoridad, como lo hace el salmista aquí y como nos invita la Escritura.

Y mientras esperamos y oramos, trabajamos. Porque aunque no seamos reyes, a menudo somos personas con autoridad en algún ámbito, cuya labor puede, con la ayuda de Dios y en el nombre de Cristo, inclinar al mundo hacia la justicia, la rectitud, el cuidado de los vulnerables y el bienestar para todos. Así, el tiempo de Adviento nos recuerda, como a aquellos fieles siervos de las parábolas de Jesús, que debemos ser fieles administradores como miembros de la familia de Dios, a quienes Cristo regresará en el momento menos esperado.

En este tiempo de espera, sirvamos fielmente en las esferas de influencia que tenemos, para que nuestra forma de vida dé testimonio del reino justo de Cristo. Que con nuestras palabras y nuestras vidas, como en “Oh Noche Santa”, proclamemos su poder y gloria para siempre.

Dios Santo, nos unimos a tu pueblo ancestral para decir: “Bendito seas, oh Dios.” Solo tú haces maravillas. ¡Bendito sea tu glorioso nombre por siempre! Que tu gloria llene toda la tierra, y que tu pueblo alabe tu nombre con palabras y vidas que te honren. Amén y Amén.

Amanda Pittman



5 DE DICIEMBRE

PREPARANDO EL CAMINO

Isaías 40:1-11

*“Una voz clama: Preparad en el desierto camino al Señor;
enderezad en la soledad calzada a nuestro Dios” (Isaías 40:3)*

Hace unos veranos, fui pasante en un grupo de jóvenes. Uno de los momentos más destacados del verano fue escalar un alto pico en Colorado. En nuestro grupo de adolescentes y adultos de treinta y tantos años había tanto experimentados como inexpertos, aquellos llenos de energía y aquellos que la perdían rápidamente.

Partimos temprano por la mañana para llegar a la cima: cruzando arroyos, caminando con dificultad por la nieve, escalando rocas sueltas y superando nuestro creciente cansancio. Cuanto más subíamos, más fuertes se hacían las quejas. Pero aún más fuertes eran las voces de aliento: “¡Ya casi llegamos!”, “¡La vista merecerá la pena!”, “¡Miren el amanecer, qué hermosa mañana!”. Estos constantes recordatorios nos mantuvieron firmes. Finalmente, alcanzamos la cima. ¡Qué vista! El pico que nos había desafiado ahora nos recompensaba con belleza y perspectiva que solo podíamos apreciar una vez que hubiéramos superado la subida.

En Isaías 40, Israel se encuentra al pie de una montaña diferente. Los primeros capítulos del libro resuenan con advertencias de juicio y exilio. Dios había impuesto una montaña de acusaciones contra Israel. Pero aquí, el tono cambia drásticamente: “Consolad, consolad a mi pueblo”, dice vuestro Dios. Estas son las primeras palabras de esperanza tras un largo silencio. Más allá del futuro de destrucción y exilio, se encuentra un futuro de gloria y esperanza. La última palabra de Dios a su pueblo no es juicio, sino misericordia; no desesperación, sino restauración.

Isaías declara: “Una voz clama: En el desierto preparen el camino del Señor; enderecen en la soledad una calzada para nuestro Dios.” Siglos después, Juan el Bautista se haría eco de este llamado, instando a la gente a despejar los obstáculos en sus corazones que bloqueaban la venida del Mesías. El clamor de Juan en el desierto no era simplemente un llamado a la

reforma moral, sino un llamado a la preparación espiritual. “Preparar el camino” significaba abrir el corazón a la venida de Dios mismo.

En palabras de Isaías, Dios se inclina para susurrar con ternura a sus hijos cansados: “Consumado es. Tu guerra ha terminado. Tu pecado ha sido pagado.” En Cristo, esta promesa se cumple plenamente. Él se inclina, en humilde sumisión, para que conozcamos y escuchemos este mensaje de misericordia de nuestro Dios. Él es el Consolador que viene no a condenar, sino a redimir. Tras un largo silencio, Cristo aparece en carne para revelar la gloria de Dios y restaurar a todo Israel. El que yacía en el pesebre, que con ternura sanó a los impuros, que lavó los pies de sus discípulos y que cargó con nuestro pecado en silencio, ahora nos habla con ternura: “Quédense quietos. Yo lo he hecho. Son míos.”

Las imágenes de montañas y valles en Isaías 40 no son meramente topográficas. Son espirituales. Los valles de desesperación en nuestros corazones deben ser aliviados por su consuelo y sus susurros de gracia. Las montañas de orgullo deben ser abatidas por su resonante palabra de poder. Los caminos torcidos del pecado y el autoengaño deben ser enderezados. El terreno áspero del resentimiento, la duda y el miedo debe allanarse. La preparación del corazón es la verdadera labor del Adviento. Limpiamos el desorden de nuestros corazones para que Cristo encuentre en nosotros un hogar.

El Adviento es un tiempo de santa anticipación. Esperamos como quienes saben que la historia termina en gloria. La historia termina en la cima de una montaña donde la gloria de Dios mora y fluye hacia todos. Recordamos la primera venida de Cristo con humildad y aguardamos su segunda venida con majestad. Entre esas dos venidas, recorreremos el estrecho sendero montañoso de la fe, con la seguridad de que nuestro Dios es fiel, porque la Palabra del Señor permanece para siempre y él mora en medio de nosotros.

Cuando Isaías escribe: “Se manifestará la gloria del Señor, y toda carne a una la verá”, señala ese gran día final cuando la plenitud de la gloria de Dios se dará a conocer en Cristo y en todo lo que él ha restaurado. Por ahora, solo vemos destellos, pero el Dios que ordena a los montes que se inclinen tiene el fin de la historia. Su palabra permanecerá cuando todo lo demás se desvanezca.

Así que, en este Adviento, alza la mirada hacia la montaña. Escucha la voz que clama en el desierto. ¡Prepara el camino del Señor! La gloria que te espera vale cada paso de la subida.

Señor Jesús, tú eres quien viene a consolar a tu pueblo. En este tiempo de Adviento, endereza los caminos de nuestro corazón. Eleva lo bajo, humilla lo alto y suaviza lo áspero, para que estemos listos para recibirte con alegría. Enséñanos a confiar en tu palabra eterna. Ayúdanos a caminar con esperanza y a preparar el camino para tu venida, hasta que veamos la gloria de tu salvación, cara a cara. Amén.

John McCurdy



6 DE DICIEMBRE

¿QUIÉN ERES?

Juan 1:19–28

*“Yo soy la voz que clama en el desierto:
‘Preparad el camino del Señor’” (Juan 1:23)*

A veces, el mundo en el que vivimos puede parecer un lugar abrumadoramente oscuro. Un grupo de personas libra una guerra contra otro. Los informes de asesinatos y otros crímenes trágicos dominan las noticias y las redes sociales. Siguen existiendo injusticias de diversa índole.

El evangelio de Juan comprende esta sensación de un mundo oscuro y recuerda al lector que Dios está obrando para expulsar la oscuridad con la llegada de su Palabra. El evangelista describe una lucha entre la oscuridad y la luz; una lucha que la oscuridad no puede ganar. La promesa del primer advenimiento es que la Palabra es luz, y la oscuridad no puede vencerla (1:5). Sin embargo, la Palabra llega a un mundo en cuya creación participó, pero ese mundo no lo reconoce ni lo conoce (1:10–11). Por lo tanto, la pregunta que los mensajeros del texto de hoy le plantean repetidamente a Juan el Bautista es fundamental: ¿quién eres tú? ¿Reconocerán los mensajeros la luz o permanecerán en la oscuridad?

El pasaje que meditamos arroja luz sobre la obra de Juan el Bautista. El lector sabe que Juan no es la luz, sino que da testimonio de ella (1:8). Las autoridades religiosas han observado la obra de Juan y tratan de comprenderla. Los mensajeros enviados por estas autoridades quieren saber quién es Juan. Su pregunta surge de una sensación de expectativa. Muchos judíos esperaban que Dios actuara pronto para traer justicia a un mundo injusto, trayendo paz a la tierra. Basándose en generaciones de estudio bíblico y enseñanza rigurosa, diferentes grupos judíos creían que uno o más seres humanos surgirían para participar o liderar esa transición de la injusticia a la justicia. Algunos esperaban un mesías, un rey o sacerdote que inaugurara esta era justa. Otros esperaban el regreso de Elías antes del tiempo del juicio. Y otros buscaban un profeta, quizás un profeta como Moisés, que formaría parte

de esta era final. El ministerio de Juan incluía el bautismo, y este acto llevó a los líderes religiosos a preguntarse si Juan podría ser una de estas figuras del fin de los tiempos. Juan no está dispuesto a confirmar sus expectativas; insiste, en cambio, en que su papel no es ninguno de los que ellos sugieren (vv. 20–22).

¿Quién es Juan? Juan responde señalando a quienes le preguntan un pasaje diferente de la Biblia, palabras del profeta Isaías. Juan afirma ser un heraldo, una “voz que clama en el desierto” sobre la venida del Señor (1:23). Juan insiste en que viene una persona que no conocen (ni reconocerán). Esta persona es digna de honor. Juan comprende su propio rol e identidad, aunque aún no conozca la identidad de quien viene. Los líderes religiosos han confundido al mensajero con el que viene. El comportamiento desconcertante de Juan ha llevado a una interpretación errónea de los acontecimientos actuales.

Mientras esperamos con ansias la segunda venida de la Luz, podemos encontrarnos en una situación similar a la de los líderes religiosos. Leemos la Biblia y nos cuesta comprender un mundo confuso, un mundo en el que a veces parece que la oscuridad está venciendo a la luz. Nos cuesta interpretar los acontecimientos que presenciamos, aunque buscamos a Dios en ellos. A veces, erróneamente, esperamos que los gobiernos o los individuos traigan luz a la oscuridad.

El pasaje de hoy nos recuerda lo difícil que puede ser para el pueblo de Dios comprender lo que sucede en su mundo. Ofrece tanto una advertencia como una esperanza. La confusión y el miedo pueden llevarnos no solo a buscar a Dios y su obra en lugares equivocados, sino también a cegarnos ante su presencia. Los líderes consideran la posibilidad de que Juan fuera siervo de Dios, pero son incapaces de reconocer la verdadera luz, como lo deja claro el resto del relato evangélico.

Pero Juan sabe quién es y cuál es su función. Está concentrado en preparar el camino para el que viene digno de honor. Al igual que Juan, podemos testificar que Dios es luz y hacer lo que esté a nuestro alcance para prepararnos para el regreso de la luminosa Palabra de Dios.

Dios misericordioso, te suplicamos desde la oscuridad que pesa sobre nuestro mundo. Buscamos tu luz. Ayúdanos a reconocer tus caminos. Ayúdanos a prepararnos para tu regreso. Amén.

Richard Wright



7 DE DICIEMBRE

EL CAMINO DE LA PAZ

Lucas 1:67-79

*“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos sobrevendrá el amanecer de lo alto . . .” (Lucas 1:78)*

Quizás todos hemos tenido la experiencia de no poder ver adónde vamos. Hace poco, mi esposo y yo estábamos visitando a la familia, y las luces estaban apagadas mientras nos dirigíamos a la cama. En la oscuridad de una habitación que no era la nuestra, él se fue por un lado mientras yo por otro y nos golpeamos la cabeza. Nadie resultó herido, salvo ver las estrellas y sentir dolor en la frente, pero fue una de las muchas veces en mi vida que debí haber encendido la luz en lugar de caminar a oscuras.

El texto de hoy es Lucas 1:67-79, la profecía de Zacarías sobre Juan el Bautista. La profecía recuerda la fidelidad de Dios y anuncia el papel que desempeñará Juan el Bautista: preparar el camino para Jesús. El final de la profecía ofrece esta imagen de lo que él preparará a la gente: “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos sobrevendrá la aurora de lo alto, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, y para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.” Para quienes viven en tinieblas, Cristo viene como una luz naciente para guiarlos por el camino de la paz.

Quizás concebimos la paz como la ausencia de guerra o conflicto. Podríamos pensar en ella como una actitud serena o resiliencia ante las perturbaciones, con una paz como la de un río. La paz aparece varias veces en estos primeros capítulos de Lucas en torno al nacimiento de Jesús: los ángeles anuncian la buena noticia del nacimiento de Jesús con gloria a Dios y paz; Simeón sostiene al niño Jesús y declara que Dios lo despide en paz. En estos casos, la paz es un don que Dios ofrece, pero en la profecía de Zacarías, la paz es un camino, un camino difícil de encontrar en la oscuridad antes del amanecer.

Esta imagen de un camino de paz evoca Isaías 59, un texto que describe al pueblo de Dios clamando contra quienes oprimen. La gente es violenta, se queja el poeta, miente y demanda

falsamente, derrama sangre y está empeñada en la destrucción. “No conocen el camino de la paz, ni hay justicia en sus senderos. Han torcido sus caminos; nadie que ande por ellos conoce la paz” (Isaías 59:8). Existe un camino hacia la paz, pero es tortuoso y sinuoso para quienes oprimen, invisible para quienes no valoran la justicia y la misericordia.

Así, Juan el Bautista entra en escena para preparar el camino del Señor. Zacarías lo anuncia en el nacimiento de Juan y, poco después, en Lucas 3, aparece un Juan el Bautista adulto, proclamando la venida de Cristo con más palabras de Isaías: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado, y lo torcido se enderezará, y los caminos ásperos se allanarán; y toda carne verá la salvación de Dios.” Habiendo crecido en el norte de Nuevo México, me gustan los caminos de montaña y suelo encontrarlos más hermosos que los largos tramos rectos que atraviesan las llanuras. Sin embargo, algo que los caminos de montaña no sirven es la visibilidad. La luz llega a más lugares en un camino llano y recto. El camino de la paz ha sido accidentado y sinuoso, lleno de curvas ciegas, y Juan el Bautista viene a allanar el camino y a desenrollarlo, a convertir un sendero oscuro y peligroso en un camino transitable y recto, uno que brilla en cuanto lo toca la luz de la mañana.

¿Cómo, podríamos preguntarnos, endereza Juan el Bautista este camino? Cuando la gente acude a él en la siguiente escena de Lucas, les dice que no se consuelen creyendo que Dios está de su lado, sino que compartan lo que tienen con quienes no tienen tanto, que traten a las personas con justicia y que se abstengan de aprovecharse. El camino de la paz es de generosidad, preocupación por los pobres y honestidad. En Adviento, esperamos la venida de Cristo, pero no tenemos que esperar con los brazos cruzados. Podemos prepararnos mientras esperamos viviendo con el corazón y las manos abiertas. Entonces, cuando Cristo llegue, estaremos listos para ver la luz.

Dios, que iluminas a todos con la luz de la salvación, prepara nuestros corazones para la venida de Cristo. Muéstranos el camino de la paz y ayúdanos a recorrerlo. Abre nuestros ojos para ver a quienes nos necesitan y abre nuestras manos para compartir. En el nombre de Cristo, que viene a traer la buena nueva a los pobres y a liberar a los oprimidos. Amén.

Tera Harmon



8 DE DICIEMBRE

ORANDO NO SABEMOS CÓMO

Salmo 21

“El rey confía en el Señor, y en la misericordia del Altísimo no flaqueará”

(Salmo 21:7)

Algunas oraciones, bíblicas o no, inquietan tanto como orientan. Esta es una de ellas, no porque pida cosas escandalosas ni parezca presumida o complaciente, sino por su fuerte componente político.

El salmo nació como una oración por el rey de Judá, cantada en el templo de Jerusalén durante alguna festividad. Puede celebrar victorias en la guerra, o quizás la recuperación del rey de una enfermedad. (El versículo 4, “pidió por la vida”, nos recuerda la oración de sanación de Ezequías en 2 Reyes 20:1–11, aunque muchos reyes debieron necesitar oración en tiempos de enfermedad). Sea cual sea su origen específico, el salmo describe el conflicto que un gobernante debe enfrentar con términos lo suficientemente genéricos como para permitir su uso en múltiples ocasiones.

Algunos lectores podrían verse tentados a encajar un salmo como este en una visión de Dios como una deidad tribal que protege a líderes inflexibles, independientemente de sus acciones. Esta interpretación solo funcionaría ignorando los numerosos textos bíblicos que exigen que los líderes obedezcan las leyes, actúen con transparencia y sin corrupción, y se centren en la justicia retributiva y distributiva para todos. La Biblia muestra una profunda desconfianza hacia el poder humano y una disposición a criticar a los gobernantes que aplastan o descuidan a los vulnerables, o que usan la religión como una máscara para su codicia y ambición. El salmo debe encajar en ese panorama general, y lo hace recordando a los lectores las obligaciones del rey con respecto a tan altos estándares. Incluso este salmo real, que ora por el monarca, sabe que el rey humano debe conocer sus límites.

En algún momento de su larga historia, el salmo adquirió otro significado debido a la desaparición de la realeza en el antiguo Israel. Para algunos lectores, el salmo llegó a referirse al mesías, aunque el Nuevo Testamento nunca establece tal conexión. Leer el salmo con Jesús

en mente como el rey que derrota a los enemigos cósmicos y confía en Dios podría sernos útil en nuestras meditaciones.

Otra posibilidad: si nos centramos en la confianza del rey en la liberación de Dios y nos decimos: “Si un rey con todas sus responsabilidades puede confiar en Dios, ¿cuánto más puedo yo con las mías?”, podemos encontrar ayuda espiritual. Yo también necesito pedir por mi vida. Necesito saber que las adversidades y los adversarios que enfrento no lograrán destruir mi capacidad de plenitud espiritual a menos que yo lo permita. Estas lecciones parecen relevantes y útiles.

Existe otra posible vía de aprendizaje. El salmo se reza *por* el rey, no *por* él. La comunidad en su conjunto, o al menos el cantor del templo que habla en su nombre, pide la ayuda de Dios para el rey, sabiendo que dicha ayuda beneficiará a todos.

En otras palabras, el salmo forma parte de una larga tradición de orar por, como dice 1 Timoteo 2:2, “los reyes y todos los que están en autoridad.” Esta práctica cristiana (y judía) se impone a todos nosotros al llamar la atención de Dios hacia los líderes políticos. Se agudizó a medida que el poder se alejaba cada vez más de la comunidad creyente.

Este es un tema complejo, por supuesto. La oración no significa respaldar a los gobernantes, ni sus políticas ni su carácter. A veces, quizás necesitemos orar por su derrota porque claramente cometen actos malvados. Pero incluso si lo hacemos, también debemos orar por su arrepentimiento y abrirle espacio a Dios para que obre. Este no es el lugar para analizar todos los detalles de este asunto, y debemos recordar que orar por los líderes no excluye oponerse a ellos en algunos casos. Pero este salmo, y la Biblia en general, nos llaman a esperar y trabajar por los mejores resultados posibles en nuestra política.

Quizás ninguna de estas lecturas te atraiga. Así que pasamos a la última línea del salmo. La congregación reza: “Levántate con tu fuerza, oh, Señor; cantaremos y entonaremos tu poderío.” El cántico se refiere a sí mismo, ya que, en última instancia, no se centra en el poder humano, sino en el poder divino. Su preocupación fundamental no se centra en el éxito militar, sino en la relación duradera entre dos partes: Dios (“tú”) e Israel (“nosotros”). La danza eterna entre Dios y la humanidad en general, y el Pueblo Elegido en particular, continúa. Dios salva, y nosotros cantamos. Que nuestro cántico siga extendiéndose por todo el mundo.

Oh, Dios, tú sabes cuán desordenadas se han vuelto nuestras estructuras de poder y cómo la tiranía intenta adoptar un rostro religioso. Desenmascara a los poderosos y deshace sus hechizos. Llámanos a las alturas de la justicia, la misericordia y la paz, y llena nuestras vidas con el compromiso radical de ser seres humanos unidos ante ti. Amén.

Mark W. Hamilton



9 DE DICIEMBRE

CHARCOS DE AGUA,
CORRIENDO PROFUNDAMENTE

Isaías 41:14-20

*Convertiré el desierto en estanque de aguas,
y la tierra seca en manantiales de aguas (Isaías 41:18)*

Mi abuela materna era una persona impresionante, casi formidable. Tenía un aire sensato, sobre todo porque había sido esposa de un granjero toda su vida y maestra jubilada. A veces podía ser inflexiblemente rígida y su lengua demasiado afilada, pero también fue quien más me enseñó sobre la hospitalidad. Mi abuela siempre cocinaba y horneaba para los demás, especialmente para su familia, amigos, la comunidad de la iglesia y los necesitados. Hasta el día de hoy, su receta de rollos de canela es mi postre decadente favorito. También tejía, hacía ganchillo, cosía y acolchaba. Con sigilo, ternura y generosidad, hacía hermosos regalos para quienes lo necesitaban, enfrentaban dificultades o simplemente necesitaban que se les recordara la bondad amorosa de Dios.

Mi abuela también fue quien más me instruyó, con palabras y hechos, a atender con paciencia la esperanza expectante. Decía una y otra vez: “Dios nunca puede darte paciencia, hija. Dios solo puede darte oportunidades para cultivarla.” Sería demasiado generosa conmigo misma si dijera que me conformaba con sus sabias palabras porque no me gustaban. No fui una niña particularmente paciente. Aunque mi abuela ya no viaja conmigo por el mundo, todavía escucho a menudo sus palabras piadosas que me recuerdan la fidelidad de Dios.

El Adviento es una época de anhelo esperanzador y espera paciente, porque somos profundamente conscientes de que no todo marcha bien en el mundo. Anhelamos y esperamos con ilusión la venida de Cristo y su morada entre el pueblo de Dios. Y como suele suceder, Dios sorprende a la humanidad con la manera en que nuestro Creador decide obrar. Cristo, el Verbo eterno, entra en el mundo creado como un bebé vulnerable, envuelto en un pesebre.

El poder y la fuerza de Dios se revelan, no mediante un poder imponente ni demostraciones manifiestas de poder, sino a través de un tierno infante.

En este pasaje de Isaías, Dios se identifica como el Redentor de Israel, aquel que rescatará a su pueblo. Durante el Adviento, esperamos con ansias a nuestro Redentor que viene en Cristo, cumpliendo así la promesa del pacto de salvar, renovar y restaurar. Cristo, mediante la Encarnación, se vincula más estrechamente con la familia humana para lograr la restauración.

El Adviento es un tiempo en el que a nosotros, peregrinos cansados, se nos recuerda la tierna y amorosa redención de Dios y la renovación de todas las cosas.

La imagen de Isaías 41:18–20 es exuberante porque los valles áridos, polvorientos y resecos del desierto se inundarán con manantiales de agua que darán vida floreciente, incluyendo árboles diversos y hermosos: la acacia, el mirto, el olivo y el ciprés. Los árboles amantes del agua en el desierto anuncian la renovación y restauración final de la creación. El tiempo de Adviento es un tiempo para recordar pacientemente el nacimiento y la vida de Cristo en la tierra, pero también para anhelar el momento de su regreso. Entonces Dios renovará, restaurará y reconciliará todas las cosas. El brote de abundante vida botánica en el desierto presagia el floreciente reino de Dios.

Dios está atento a la creación sedienta y cansada, y entonces provee ríos, manantiales y fuentes de agua vivificante. Este pasaje de Isaías también resuena con el tiempo de Adviento, porque el pueblo de Dios espera con ansia saciar su sed de esperanza, misericordia, justicia y paz. Y estos anhelos pueden ser plenamente satisfechos en Cristo, quien es el Agua Viva. Así como estas zonas desérticas florecerán en un exuberante ecosistema con una rica biodiversidad, también el conocimiento del Señor y las obras de Dios se revelarán ampliamente a todos.

Así, el propósito de la buena obra de Dios es que todos vean y sepan, como en el tiempo de Adviento, que proclama a Cristo como la Luz que revela a Dios a las naciones. Dios está obrando, aquí y ahora, y continuará propiciando la reconciliación, la restauración y la renovación. Que aprendamos a colaborar con Dios en esta obra tan alta y santa.

Oh, Dios de toda la creación, tú hablaste y engendraste vida floreciente en la tierra y entregaste la creación a la humanidad. Durante este Adviento, concédenos ser conscientes de tu presencia y tu obra en nosotros y en la creación. Concédenos la restauración, la renovación y la reconciliación, por Jesucristo nuestro Señor, que reina en unidad contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Kendra Jernigan



10 DE DICIEMBRE

LA PALABRA SOBRE TODAS LAS PALABRAS

Mateo 12:33–37

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34)

Recuerdo la primera vez que abrí una Biblia para leerla sola. Era niña y apenas empezaba a leer oraciones completas, y la Biblia rosa de mi madre, encuadernada en cuero, estaba bajo una lámpara en la mesita de noche de la sala. Me la acerqué al regazo, sentada en el sofá, pasé las páginas buscando un texto al azar y me incliné hacia la luz de la lámpara para empezar a descifrar las palabras. Me emocioné al descubrir algunas palabras que ya conocía: bueno, malo, árbol, fruto, corazón y boca.

Pero también recuerdo claramente haber alcanzado un paso esencial en mi lectura, una vez que descifré las palabras: quería saber qué significaban, qué representaban. Sabía que Jesús era un maestro, entre otras cosas, y deduje de este texto del Evangelio de Mateo que intentaba enseñarnos algo sobre la relación entre un árbol y su fruto, entre un corazón y una boca. Si bien el análisis de metáforas era un poco avanzado para mí a esa edad, la imagen del árbol y su fruto quedó grabada para siempre en mi comprensión del corazón y la boca. Mi deseo de comprender las palabras de Jesús se entrelazó con mi deseo de comprender nuestras propias palabras.

En Mateo 12:33–37, Jesús ofrece una enseñanza sobre la gravedad del lenguaje. Comienza ofreciendo la imagen de un árbol y su fruto, afirmando lo obvio: que un árbol bueno o sano da buen fruto, pero un árbol malo o podrido produce fruto podrido. Cualquiera puede entender esto, incluso un niño. Pero resulta que los humanos tenemos algo en común con los árboles. Un corazón bueno y sano produce palabras buenas y sanas, mientras que un corazón podrido produce palabras podridas. Es cierto que, de adolescente, asumí que Jesús estaba enseñando una lección sobre las malas palabras (y estoy seguro de que uno o dos pastores de jóvenes me animaron a leerla). Pero al hacerme adulto, comencé a ver que existen abusos

del lenguaje mucho más perniciosos a nuestro alrededor. De hecho, estamos completamente inundados de lenguaje completamente podrido.

En Estados Unidos, nos encontramos en una época de debate sobre el derecho constitucional a la libertad de expresión. Personas de todo el espectro político tienen un interés particular en saber si tienen la libertad de expresar ideas, críticas y opiniones en la esfera pública sin repercusiones legales. Como profesor universitario, me dedico plenamente a la protección de esta libertad, ya que el conocimiento se explora y construye en gran medida mediante la ponderación de diversas filosofías e ideas.

Sin embargo, a nivel individual, la libertad de expresión nunca debe considerarse al margen de la formación moral o ética. Por ejemplo, el hecho de que una persona tenga la libertad de expresar retórica de odio en línea o en público no significa que deba hacerlo. En 1 Corintios, el apóstol Pablo instruye a los creyentes de Corinto que el hecho de que algo sea permisible no significa que sea beneficioso o bueno para la comunidad. Tener la libertad de expresión es una cosa, pero ser el tipo de persona que expresa bondad con buen corazón es algo completamente distinto.

Jesús advierte: “Les digo que en el día del juicio tendrán que dar cuenta de cada palabra ociosa que pronuncien, porque por sus palabras serán justificados y por sus palabras serán condenados.” La idea de que las palabras importan, de que las palabras pueden llevar a la vida o a la muerte, resuena en toda la Escritura, especialmente en la literatura de sabiduría y devoción de la Biblia. Las palabras contribuyen a la estructura de nuestras sociedades y constituyen en gran medida la forma en que llegamos a conocernos a nosotros mismos y a los demás. Si amamos a nuestro prójimo y a nuestros enemigos, y si amamos al mundo que Dios tanto amó, nuestras palabras serán evidencia de ese amor. Por el contrario, si detestamos o tememos a nuestro prójimo y a nuestros enemigos, y si nos molesta o rechazamos el mundo que Dios tanto amó, nuestras palabras serán evidencia.

El lenguaje que adoptamos para describirnos a nosotros mismos y a todo lo que nos rodea indica hasta qué punto hemos adoptado una perspectiva piadosa. ¿Hablo de mi prójimo como lo haría Jesús? ¿Hablo de mi enemigo como lo haría Jesús? Nuestras palabras, tanto en público como en privado, son la prueba de fuego de la condición de nuestro corazón.

No importa quién te haya lanzado palabras hirientes; no tendrás que rendir cuentas por las palabras de otros. Más bien, debes afrontar el estado de tu propio corazón para que tus palabras reflejen una bondad interior: una vida interior dedicada al camino de Cristo.

En un mundo donde las palabras se utilizan con descuido y se convierten en armas, recordemos que debemos ajustar nuestro discurso a la métrica de la Palabra encarnada, ante quien rendimos cuentas. La Palabra que vino al mundo con un corazón de amor y misericordia nos llama a un camino diferente.

Palabra Santa, que te encarnaste y nos manifestaste bondad, nos sometemos a tu amor y misericordia. Que amemos lo que amas, que nos duela lo que a ti te duele, y que nuestras palabras reflejen tu bondad en este mundo cansado. Amén.

Amy McLaughlin-Sheasby



11 DE DICIEMBRE

ESPERANDO JUNTOS

Rut 1:6-18

Rut respondió: “No me presiones para que te deje, para que deje de seguirte. Adonde tú vayas, yo iré; donde tú mores, yo more; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.” Donde tú mueras, yo moriré, y allí seré sepultada. Que el Señor me haga así, y aún más, si la muerte me separa de ti. Cuando Noemí vio que estaba decidida a ir con ella, no le dijo más (Rut 1:16-17 NVI)

El Adviento es un tiempo de preparación para la venida del Señor. Durante este tiempo, esperamos con ansias el regreso de Cristo, al tiempo que recordamos y nos regocijamos en su encarnación en el pesebre de Belén. Hay muchos rituales y tradiciones que la gente puede elegir para participar durante este tiempo intermedio de recuerdo y anticipación. Independientemente de cómo prefieras prepararte, al leer hoy quizás te preguntes: “¿Qué hacen Rut y Noemí en medio de mi serie de Adviento?”

La firme promesa de lealtad de Rut a su suegra puede parecer inoportuna en este momento, pero en realidad cuenta la historia de dos personas que, como nosotros en Adviento, se encuentran en un momento intermedio. Están de luto por una vida pasada, una en la que compartieron alegría y amor con una familia ahora conmocionada por la muerte. Se enfrentan a un futuro incierto. No saben si encontrarán ayuda, hogar o sustento al final de su viaje. Pero no solo están atrapados entre el dolor y la incertidumbre. También se encuentran entre el recuerdo de la alegría pasada y la esperanza de una futura restauración en el nuevo hogar al que se dirigen.

Rut y Noemí no tienen parentesco de sangre. Las une el amor. Deciden apoyarse mutuamente en medio del cambio y la incertidumbre. Esperan días mejores. Pero, sea lo que sea que enfrenten, están decididas a afrontarlo juntas.

Durante el Adviento, como Rut y Noemí, nos encontramos en un punto intermedio, pero no estamos solos. ¡Tenemos amigos en este camino! Tenemos la familia de Dios. Tenemos la

compañía de otros que recuerdan la bondad que Dios ya ha mostrado al mundo en Jesucristo y que comparten nuestra esperanza de que las promesas de Dios algún día se cumplan a la perfección. Nuestra familia en Cristo, creada no por la sangre, sino por el amor y la esperanza compartidos, se apoya mutuamente en nuestro compromiso de participar en el llamado que Dios nos ha puesto en cada etapa, incluso en las de espera, las de disrupción y las de dolor.

Mientras esperas en el Señor este Adviento, que estés rodeado de amigos fieles que te recuerden la bondad de Dios y te apoyen en tu búsqueda de Dios. Que encuentres en Cristo una familia dedicada con fervor a compartir la vida. Que te llenes de esperanza y perseverancia para ser el compañero que otros necesitan. Que todos nos apoyemos mientras esperamos el cumplimiento de la promesa.

Dios de amor, al perseverar en nuestra fe y servirte, permítenos ayudarnos mutuamente en el camino. Únenos firmemente a la familia de la fe, para que recordemos lo que has hecho y nos animemos a creer en lo que vas a hacer. Úsanos a cada uno para fortalecer la esperanza de los demás. Permítenos vivir en la alegría del amor que compartimos, el amor que solo aprendemos de ti. Sostenenos hasta que te veamos venir en tu gloria. Amén.

Penny Biddy



12 DE DICIEMBRE

SANTA ESPERA

2 Pedro 3:11–18

“... ¡Qué clase de personas debéis ser en cuanto a vivir una vida santa y piadosa . . .” (2 Pedro 3:11b)

A veces pienso que esperar podría ser la peor lección. Parece poner a prueba gran parte (si no toda) de mi determinación. Cuando aprendemos a esperar, practicamos la paciencia y el autocontrol. Podemos usar la esperanza y la gratitud para ayudarnos a llegar al otro lado. Esperar parece inofensivo a primera vista, pero en realidad requiere una disciplina activa y atenta. No es divertido. Entonces, ¿no es interesante que dediquemos una temporada entera del calendario cristiano a practicar o honrar nuestra capacidad de esperar? El texto nos pregunta: “*¡Qué clase de personas no deben ser ustedes... esperando y apresurándose para la venida del día de Dios . . . !*” (v. 11–12).

Sé qué tipo de persona soy al principio: impaciente. Recuerdo que, de niña, siempre que tenía que esperar algo realmente bueno, solo quería hacer cualquier otra cosa en lugar de concentrarme en la espera. Sabía que una fiesta de cumpleaños no iba a empezar antes si lo suplicaba. Entendía que no había posibilidad de abrir esos regalos navideños antes de la mañana de Navidad. Opté por buscar distracciones activamente para no tener que pensar en lo difícil que era esperar. Como niña bien educada, no intentaba terminar la espera con atajos ni escabullirme para encontrar las sorpresas y los regalos con antelación. Leía libros, inventaba juegos o me dejaba llevar por la curiosidad sobre otras personas haciéndome un millón de preguntas. Podía evitar la lección de esperar con paz y paciencia dirigiendo mi atención a otras cosas. Ahora agradezco esas lecciones, porque a medida que maduré, aprendí a disfrutar de los regalos de la gratificación postergada. Al mismo tiempo, todavía deseo poder prestar mejor atención al consejo de Pedro: “Procurad ser hallados en paz, sin mancha e irrepreensibles, y considerad la paciencia de nuestro Señor como salvación” (v. 14–15).

Durante el Adviento, practicamos nuestra espera para desarrollar las habilidades necesarias para esperar pacientemente el regreso de nuestro Señor, en paz. Repasamos lo que significó para el antiguo Israel esperar la salvación de un mesías y luego ser recompensados por esa espera. Al observar cómo van las cosas en nuestra sociedad y en nuestro mundo, confieso que busco distracciones de la espera. Quiero orar: “Ven, Señor Jesús”, cuando también debería estar alimentando a los hambrientos y haciendo justicia a los marginados. Hay esperanza que nos recuerda: “...ya que están advertidos, cuídense de no dejarse llevar por el error de los malvados y perder su propia estabilidad” (v. 17).

Buscar distracciones de lecciones dolorosas es un camino seguro hacia malas decisiones y un estilo de vida caótico. Ni siquiera estoy seguro de que el autor se refiera únicamente a evitar una vida delictiva prestando atención a lo que se debe. Creo que hay una inferencia sobre la ley del amor. Si estoy tan ocupado evitando la incomodidad de la espera que ni siquiera puedo poner manos y pies en la obra del Reino de Dios en la tierra, sin duda no estoy viviendo una vida estable y de equilibrio espiritual.

Cuando reflexiono sobre por qué vuelvo al Adviento cada año para reaprender los beneficios de esperar, agradezco a un Dios que supo de antemano que constantemente estaría tentado a renunciar a mi paz por un poco de consuelo, y aun así preparó el camino con ejemplos e instrucciones para una espera santa. “Antes bien, crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad” (v. 18). Aquel a quien esperamos es la lección misma. Las cosas que hacemos mientras esperamos podrían ser para extender gracia a los demás. Dios siempre es paciente con nosotros, brindándonos paz y consuelo y guiándonos de regreso al camino de la rectitud. Sobre todo, Dios espera con nosotros su gloriosa venida.

Dios, muéstrame recordatorios claros de que tengo trabajo que hacer en la espera. Abre mis ojos para que vea dónde quieres que muestre compasión. Suaviza mi corazón hacia quienes también esperan. Permíteme ser un instrumento de tu paz en los momentos de anhelo. En el nombre de Cristo, Amén.

Dana Spivy Glover



13 DE DICIEMBRE

LA FIDELIDAD DE DIOS

Salmo 146:5-10

*“Bienaventurados aquellos cuya ayuda es el Dios de Jacob . . .
que guarda la fidelidad para siempre” (Salmo 146:5a, 6b)*

Mientras escribo esta meditación, he estado leyendo los libros históricos del Antiguo Testamento durante mis últimos momentos devocionales. Como probablemente saben, esos libros son una mezcla increíble de historias alentadoras y aterradoras, que muestran algunas de las mejores cualidades del ser humano, así como algunos de nuestros peores impulsos. Me pusieron el nombre del rey David, y él es alguien que muestra ambos extremos del espectro, ¡a veces uno tras otro!

Esta vez, me han impresionado especialmente las oraciones de esos libros. Se encuentran tres oraciones extensas y hermosas en 2 Samuel 7, 2 Samuel 22 y 1 Reyes 8, y este año noté que cada una de ellas hace referencia explícita a la fidelidad de Dios. Los animo a leerlas.

Creo que por eso, en la lectura de hoy, el final del versículo 6 me llama la atención. Allí, el texto dice que el Señor “mantiene la fe para siempre”. Obviamente, la idea de la fidelidad de Dios es profundamente bíblica y recorre toda la Escritura, desde Génesis hasta Apocalipsis. Además, influye en nuestra manera de entender a Jesús. El Mesías no surgió de la nada. Dios había prometido enviar a un Ungido para ser el Rey de su pueblo, y como cristianos, creemos que la encarnación de Jesús es el ejemplo supremo de la fidelidad de Dios.

Pero también es cierto que pocas características de Dios se distinguen más de las de los seres humanos. Incluso los mejores de nosotros a veces luchamos por cumplir nuestra palabra, y quienes están lejos de ser los mejores ponen de manifiesto la inconstancia humana. Ya sean los votos matrimoniales, las promesas de los políticos o las intenciones de los adolescentes que se desaniman bajo la presión de grupo, este aspecto es uno de los más vulnerables de los seres humanos.

La lectura de hoy nos dice, sin embargo, que Dios siempre mantiene la fe. Siempre. No solo cuando le apetece, ha dormido bien o no enfrenta oposición. No solo cuando el equipo

deportivo de Dios tiene éxito o el gobierno que preferimos está en el poder. Y como nos dice nuestra experiencia, Dios no mantiene la fe solo si nosotros la mantenemos. No se trata de reciprocidad, como suele ocurrir en las relaciones humanas. 2 Timoteo 2:13a lo dice bien: “Aunque seamos infieles, Dios permanece fiel.” ¡Qué buena noticia!

Me pregunto si este tema podría ser una forma de entender toda la selección de hoy. En la NRSV, el versículo 6a está en pasado: Dios “hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.” Y el versículo 10a mira hacia el futuro, asegurándonos que “el Señor reinará para siempre, tu Dios, oh Sión, por todas las generaciones”, en ese nuevo cielo y nueva tierra que mencionamos ayer.

¿Y qué hay entre estos versículos, en los versículos 7–9? Una lista de las maneras en que Dios nos bendice en el presente: cuidándonos cuando estamos oprimidos, hambrientos, encarcelados, ciegos, agobiados, alejados, huérfanos, viudos. Adoramos y servimos a un Dios asombroso, que ama a los justos y arruina el camino de los impíos.

¿No son estas maneras de mantener la fe? Sabemos por la narrativa bíblica que, al igual que la iglesia, el pueblo de Israel enfrentó constantemente obstáculos, algunos externos y otros internos. Fueron esclavizados, atacados, oprimidos y exiliados por otros, y ellos mismos lucharon por permanecer fieles a Dios. Y, sin embargo, Dios permaneció fiel a sus promesas a Abraham y a otros, rescatándolos de los opresores, formando buenos líderes, permitiendo que su pueblo prosperara, bendiciéndolos para que fueran una bendición para el mundo, y siempre con la vista puesta en el reinado completo y eterno de Dios en el futuro.

Creo que por eso la lectura comienza y termina como lo hace. Si la mayor parte del texto nos recuerda la acción de Dios en el pasado, su fidelidad en el presente y su reinado y gobierno total en el futuro, entonces el principio y el final son cómo esa fidelidad nos impacta. El versículo 5 dice que somos felices (o “bendecidos”, en otras traducciones) cuando hacemos de Dios nuestra ayuda y esperanza, cuando dependemos del Dios fiel. Y el versículo 10b es un imperativo: “¡Alaben al SEÑOR!” (traducción literal de “Aleluya”).

El principio nos dice la verdad, y el final nos dice qué hacer con ella. ¡Hagámoslo!

Señor Dios, tú mantienes tu fe en todo momento, incluso cuando nos cuesta. Por favor, mueve nuestros corazones para que también podamos mantener la fe. Que mostremos tu corazón y tu carácter al mundo con nuestra fidelidad en esta Navidad y siempre. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, quien es el Fiel y la señal de tu fidelidad al mundo. Amén.

David Kneip



14 DE DICIEMBRE

CERCANÍA Y GENTILEZA

Filipenses 4:4-7

Que vuestra amabilidad sea conocida de todos.

El Señor está cerca (Filipenses 4:5)

Todavía puedo oír la voz de mi antiguo profesor de Biblia en mi cabeza. Era un joven estudiante de Biblia en la universidad, y asistía a mi primera clase con un grupo de compañeros, cada uno tratando de discernir su vocación al ministerio. Pasamos ese semestre juntos aprendiendo la importancia de la Biblia para la vida ministerial y cómo leerla bien. “Lo primero que deben tener en cuenta”, compartió, “es que la Biblia fue escrita en una época histórica muy diferente para personas muy distintas a nosotros”.

Reflexionamos sobre esto, y luego concluyó: “Es por eso que la Biblia puede parecer extraña a veces.” *Que su gentileza sea conocida por todos.* Pensé en mi antiguo profesor mientras leía las palabras de Pablo en esta sección de su carta a los Filipenses porque me pareció un mandato que parece extraño para nuestros oídos modernos. Viene como una de una serie de exhortaciones al final de la carta que brindan algunos impulsos finales a la comunidad sobre su vida y adoración colectivas. Podríamos estar bastante listos para aceptar todas las demás admoniciones en este pasaje; “regocíjense en el Señor”, “no se preocupen” y “dejen que nuestras peticiones sean conocidas delante de Dios”. Pero esta, “que su gentileza sea conocida por todos”, nos hace reflexionar.

En lugar de una virtud que cultivar, nuestra cultura actual ve la gentileza como un defecto que insinúa debilidad. Valoramos aquello que asociamos con la “fuerza” y la “victoria”. Lo vemos claramente en la política y en cualquier nueva batalla de la guerra cultural que se esté librando. Pero también lo vemos en nuestras iglesias, donde grupos menosprecian a otros con el pretexto de “defender” sus creencias o “contraatacar” a quienes discrepan. Lo vemos incluso en nuestras propias relaciones—amistad y matrimonios—, al exigir que esas relaciones se desarrollen en nuestros propios términos. Nos hemos obsesionado tanto con la fuerza,

la victoria, el control y el dominio que cuando Pablo nos exhorta a hacer de la gentileza un rasgo distintivo de nuestra vida en comunidad, bueno, es simplemente *extraño* . . .

Sin embargo, Pablo conecta esta instrucción sobre la mansedumbre con una realidad importante: “El Señor está cerca.” Para Pablo (y para nosotros, como iglesia), la cercanía de Dios es una realidad que moldea nuestra manera de vivir en el mundo. El Señor está cerca en el sentido de que esperamos el regreso de Cristo, cuando todo se arreglará (3:20–21). Pero el Señor también está cerca a través de la presencia del Espíritu, que nos capacita para vivir como personas y comunidades de amor, compasión y unidad (2:1–4).

En ambos casos, la respuesta natural a esa cercanía divina es confiar en la presencia y la provisión de Dios, lo que nos permite vivir vidas marcadas por la mansedumbre. No necesitamos insistir en nuestro propio camino, porque sabemos que Jesucristo es el juez de todos. No necesitamos “ganar” ni “rechazar”, porque ponemos nuestra confianza en Dios, no en nuestras propias fuerzas. Y vivimos vidas de mansedumbre porque adoramos y seguimos a un Salvador que, “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse” (2:6). Pablo nos llama a ser personas de mansedumbre porque la mansedumbre es un rasgo distintivo de lo que significa vivir “en Cristo.”

Así que quizás la exhortación de Pablo a vivir una vida de mansedumbre que surja de la cercanía del Señor y dé testimonio de ella sea apropiada para quienes a menudo rechazamos la mansedumbre. Y particularmente en estos tiempos. Porque es en estos tiempos que recordamos que Dios eligió ser “Dios con nosotros” no en la forma de un general militar o un guerrero cultural, sino en la forma de un bebé. Recordamos que la forma en que llegó nuestro Señor nos dice algo sobre el Señor que ha llegado y, por lo tanto, lo que significa vivir nuestras vidas en su nombre.

Oh, Dios Santo y Misericordioso, en tu Hijo Jesucristo has revelado tu amor por todo lo que has creado y tu ternura hacia tus hijos. Fortalécenos por tu Espíritu, en este tiempo, con tu ternura y la seguridad de tu cercanía. Para que, por tu gracia, nuestras vidas se conviertan en parábolas de tu reino y testigos del Hijo que se hizo carne y habitó entre nosotros. Por Jesús, nuestro Señor. Amén.

Mason Lee



15 DE DICIEMBRE

¡AYUDA!

Hechos 5:12-16

“Por manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios entre el pueblo” (Hechos 5:12)

Empecemos por el principio. Los cristianos creen que Dios se preocupa por el sufrimiento humano y busca aliviarlo. Esta convicción se refleja en los profetas y sabios del Antiguo Testamento y en el ministerio de Jesucristo. La iglesia primitiva a veces imitaba sus milagros de sanación y, con mayor frecuencia, trabajaba para alimentar a los hambrientos, visitar a los presos, vestir a los desnudos, enterrar a los muertos y consolar a los afligidos. Aunque movimientos modernos como el “evangelio de la salud y la riqueza” han distorsionado la preocupación cristiana por la sanación, convirtiéndola en una especie de magia chamánica que fomenta la autocomplacencia humana, debe haber algo que distorsione la realidad en primer lugar. Ese algo aparece en la lectura de hoy.

Este breve párrafo de los Hechos se sitúa entre la dramática historia de Ananías y Safira, donde dos personas murieron por exagerar sus impulsos caritativos, y la igualmente dramática historia de la persecución de los apóstoles. El párrafo de transición redirige la historia, alejándola de un desagradable callejón sin salida, hacia la trama principal. Los seguidores de Jesús intentan aliviar el sufrimiento y, al hacerlo, pueden encontrar resistencia o incluso persecución. Si bien el Espíritu Santo nos llama a rendir cuentas cuando actuamos como hipócritas, la capacidad divina de unir la responsabilidad con la misericordia prevalece en la vida de la iglesia.

Es una extraña paradoja. Nos resistimos a la misericordia. Perseguimos a quienes defienden la compasión, la empatía y la justicia. También los admiramos e incluso les rendimos homenaje póstumamente.

Lucas señala la confusión humana prevaleciente cuando dice en el versículo 13 que “nadie se atrevía a unirse a ellos” y en el versículo 14 que “muchos hombres y mujeres se añadieron” como creyentes. ¿Tenía simplemente prisa al escribir estos versículos uno tras otro? ¿O

quería señalar el paso del tiempo? ¿O acaso la respuesta al evangelio en la vida real simplemente nos confunde, tal como confundió a aquellas personas hace veinte siglos?

La última opción parece la correcta. El evangelio nos desafía a veces porque aceptarlo conlleva sufrimiento y a veces porque alivia el sufrimiento de otros. Cambiar lo normal nos asusta. Es mejor el dolor que conocemos que el dolor que simplemente tememos. Casi por casualidad, Lucas da en el clavo con algo profundo en nuestra psique.

Aun así, su punto más importante merece aún más atención. Los seguidores de Jesús, a quienes Lucas eventualmente llamará “cristianos” (Hechos 11:26), cerraron filas tras confrontar a los mentirosos Ananías y Safira, y continuaron trabajando por el bien. Lucas dice que estaban llevando a cabo la misión declarada de Jesús de dar vista a los ciegos y libertad a los cautivos (Lucas 4:18–19, citando Isaías 61:1–2). Se reunían abiertamente e invitaban a otros a unirse a ellos. Ofrecían sanidad, no como condición para ser admitidos en su club, sino como la manifestación natural del Espíritu Santo que había resucitado a Jesús de entre los muertos y estaba ocupado transformando sus vidas. Su unidad provenía de un sentido de afiliación con el Señor Resucitado.

El texto también ofrece otra oportunidad para nuestra reflexión. El versículo 15 describe a personas que traen a sus seres queridos en camillas desde todos los rincones de Jerusalén para recibir sanación. Las familias y amigos de las personas más vulnerables, aquellos demasiado enfermos para moverse, intentan encontrar ayuda donde parece estar. Acuden como pueden a un lugar donde la desesperación y la esperanza se encuentran. Allí, la gente apuesta a que los cristianos podrían ofrecer ayuda.

Esa visión de la iglesia como comunidad de sanación aún resuena hoy. Durante este Adviento, el sufrimiento del mundo aún nos agobia, a pesar de las alegres canciones que suenan en los centros comerciales y las luces de colores que iluminan los barrios. No viene Papá Noel. Sus renos se han ido. Sin embargo, Dios está presente, y su pueblo tiene abundantes recursos para ayudar.

Este párrafo es una pequeña conexión entre dos historias impactantes. Pero su importancia contradice su brevedad. La visión de la comunidad que sigue a Jesús aún nos invita a vivir en armonía y con la ambición de un mundo mejor. Juntos, podemos volver a ser una comunidad de sanación y honor.

Oh, Dios, que moras con nosotros en nuestras esteras y camillas, sánanos de todas las enfermedades que afligen nuestro cuerpo y alma. Cúranos del cinismo y la arrogancia, de la apatía y las pasiones desviadas, de las actitudes despiadadas hacia los demás. Repara nuestro espíritu más íntimo para que vivamos en unidad como quienes nos precedieron. Amén.

Mark W. Hamilton



16 DE DICIEMBRE

ANHELO DE DIOS

Salmo 42

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.

¿Cuándo podré ir a encontrarme con Dios? (Salmo 42:2)

Para mí, la universidad fue una época de crecimiento espiritual. Me consumían los estudios bíblicos, los grupos de oración y los momentos de tranquilidad, y recuerdo sentirme cerca de Dios. A medida que crecía, las preocupaciones y las tareas comenzaron a dominar mi vida. Ahora, mi mente pasa demasiado tiempo pensando en lo que tengo que hacer, la salud y la seguridad de mis seres queridos, lo que está sucediendo en el mundo. Y la lista continúa. En mis mejores días, mientras los pensamientos me acosan, le pido a Dios ayuda y guía en todo. Sin embargo, muchos días no dejo de pensar en todo lo que tengo que hacer y me preocupo por lo que no puedo controlar.

En el Salmo 42, el salmista expresa su anhelo por Dios en un tiempo de distanciamiento. Recuerda cuando solía ir al templo con muchos otros, cantando y gritando de alegría y agradecimiento. Pero esos tiempos ya no existen. Está abatido y su pregunta a Dios es: “¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué debo andar de luto, oprimido por mi enemigo?”. Probablemente esté en Babilonia, lejos de la tierra donde Dios gobierna. La vida es dura y no puede “sentir” a Dios. Dice que la gente le pregunta: “¿Dónde está tu Dios?”. Y se desespera.

Este pensamiento, “¿Dónde está tu Dios?”, es también una pregunta moderna. ¿Dónde está nuestro Dios cuando sufren quienes amamos? ¿Dónde está nuestro Dios cuando matan a niños? ¿Dónde está nuestro Dios cuando se separa a personas inocentes de sus familias? ¿Dónde está nuestro Dios cuando tantos no tienen qué comer? Si no nos hacemos esta pregunta, otros nos preguntarán: “¿Dónde está tu Dios?”.

En lugar de alejarse de Dios, el salmista confía en Él mientras desespera. No se preocupa por lo que puede o no puede hacer para cambiar las cosas. No piensa: “No debería desesperarme; ¡puedo solucionar este problema!” Recuerda activamente esperar en Dios y aferra

a la certeza de que volverá a alabarlo. Escribe: “De día el Señor dirige su amor, de noche su cántico me acompaña: una oración al Dios de mi vida.” Sabe que incluso cuando no puede sentir a Dios, incluso cuando duerme, Dios está ahí.

Muchos sentimos que nuestra relación con Dios cambia a lo largo de la vida. Estamos cerca de Dios, pero no lo estamos. Sentimos su presencia; ni siquiera estamos seguros de su existencia. Recordamos tener esperanza; luego, nos preguntamos dónde está Dios. La desesperación y la esperanza pueden ir de la mano. La vida puede ser difícil. Dios puede sentirse lejano. Si creemos que solo estamos cerca de Dios cuando nos *sentimos* cerca de Él o cuando las cosas suceden como creemos que deberían suceder, tendremos muchos momentos de profunda decepción.

Durante el Adviento, pensamos en cómo era la vida antes del nacimiento de Jesús. ¿Se preguntaban los israelitas si Dios estaba con ellos? Les habían hablado de días en que eran un reino poderoso, pero ahora vivían bajo el dominio romano. Se les había prometido un Mesías y aún esperaban. Imagino que algunos esperaban con esperanza, mientras que otros vivían con desesperación y otros se habían dado por vencidos por completo. ¿Se acordaba Dios de ellos? Me pregunto si se recitaban el Salmo 42: “Espera en Dios... mi ayuda y mi Dios.”

Me impacta la desesperación del salmista en su deseo de Dios. Sus pensamientos, sus sentimientos, todo en él está enfocado en querer estar con Dios. Me pregunto si los israelitas de la época de Jesús estaban igualmente absortos en el deseo de experimentar la venida del Mesías. ¿Anhelaban a Dios con ellos?

En un mundo donde hay tan poco que podemos controlar, leemos el Salmo 42 y recordamos que toda nuestra vida gira en torno a Dios. Al igual que el salmista, debemos anhelar y tener sed de Dios, buscándolo constantemente. Dios es el centro, aquel de quien dependemos. Nuestro deseo por Dios no se basa en nuestros sentimientos ni en nuestras circunstancias. Incluso cuando nos sentimos lejos, el amor y la fidelidad de Dios siempre nos guían de vuelta. Dios siempre es nuestra esperanza y la esperanza del mundo.

Señor, ayúdanos a desearte sobre todas las cosas. En un mundo que a menudo parece oscuro y sombrío, ayúdanos a buscarte. Ayúdanos a recordar que estás con nosotros todo el tiempo y que, despiertos o dormidos, podemos confiar en ti. Amén.

Kaley Ihfe



17 DE DICIEMBRE

ENEMIGOS Y VECINOS

Mateo 8:14–17, 28–34

Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados, y con una sola palabra expulsó a los espíritus y sanó a todos los enfermos. Esto para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: “Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias” (Mateo 8:16–17)

Mientras esperamos con ansia la llegada de Jesús, los evangelios nos recuerdan las razones de nuestro anhelo. A lo largo de esos libros, Jesús derrota sistemáticamente a todos nuestros enemigos más temidos. Supera el caos del mundo natural calmando la tormenta. Alimenta a los hambrientos, sana a los enfermos e incluso se enfrenta a los poderes demoníacos del maligno.

Décadas de erudición bíblica crítica han hecho que muchos de nosotros veamos rápidamente diagnósticos psiquiátricos y condiciones diagnosticables donde los autores bíblicos ven demonios, pero Jesús parece completamente convencido de que hay *un* enemigo espiritual, él *tiene* poder y muchas personas son víctimas de sus planes.

Al final de Mateo 8, Jesús se encuentra con dos de estas víctimas, poseídas por demonios. Mateo describe a estos hombres como tan violentos que nadie podía siquiera pasar por el cementerio donde vivían. A diferencia de la mayoría de las personas con las que Jesús se encontró, estos dos hombres reconocieron la verdadera identidad de Jesús como el Hijo de Dios. Quizás por eso, cuando los demonios dentro de los hombres le suplicaron a Jesús que los llevara a una pira de cerdos, él accedió, y los cerdos poseídos, enfurecidos, se arrojaron al lago cercano para morir.

¡Y entonces llega la celebración! Los habitantes del pueblo cercano se reúnen alrededor de Jesús, alabando su liberación de la presencia del mal. Cargan a Jesús en hombros y lo llevan al pueblo para un banquete, donde él y los dos hombres anteriormente poseídos son invitados de honor. Ya no hay cerdos que matar, pero un cordero asado servirá perfectamente.

Claro que la historia no es así. Mateo nos dice que “todo el pueblo salió al encuentro de Jesús. Y al verlo, le rogaron que se fuera de su región.” Quizás simplemente temieran su poder, o quizás estuvieran enojados por los cerdos.

Pero creo que al menos parte del problema es que no saben muy bien qué hacer con el hecho de que Jesús acaba de convertir a dos enemigos en vecinos. Ya no tienen a quién culpar por la mala suerte de sus pueblos, ni nada con qué asustar a los niños traviesos. Los hombres que antes adornaban sus carteles de “Se busca” pronto se mudarán a la casa de al lado. Las figuras que representaban el mal y la oscuridad han vuelto a ser humanas. El enemigo se ha convertido en vecino, y no saben qué hacer al respecto.

Nos encanta la idea de la transformación. Todos queremos creer que las personas pueden crecer, cambiar y redimirse. Pero cuando nos enfrentamos a la realidad de una persona transformada, de una vida transformada, no siempre sabemos cómo afrontarla. Es casi como si, en el fondo, prefiriéramos odiar a un enemigo que amar a un prójimo.

¿Qué hacer con el Grinch una vez que su Grinchismo desaparece? Su nombre es sinónimo de gruñón, cruel y amargado. ¿Cómo lidiar con un Grinch sin ajo en el alma? Mejor terminar la historia rápido para no tener que lidiar con eso. ¿Qué decir de Ebenezer Scrooge cuando ya no sea Scrooge? ¿De verdad te imaginas al Sr. Potter cantando en casa de George Bailey con el resto de Bedford Falls?

No sabemos qué pensar de los enemigos que se han convertido en vecinos, quizás debido a la pérdida de la creencia en los poderes demoníacos con los que Jesús lucha a lo largo de los evangelios. El diablo se ha convertido en un personaje de dibujos animados, y los demonios en personajes de películas de terror de Hollywood. Sin ningún mal trascendental que combatir, los únicos males que quedan son de carne y hueso. Los problemas del mundo deben atribuirse a nuestro oponente político, a nuestro enemigo, incluso a nuestro prójimo.

Pero Jesús entiende que nuestro verdadero enemigo no es de carne y hueso, sino los principados, potestades y fuerzas espirituales del mal en los reinos celestiales. Nuestros enemigos no son la causa del mal, sino víctimas de su propagación cancerosa.

Jesús se niega a permitir que los enemigos sigan siendo enemigos. Insiste en amar a los enemigos para convertirlos en prójimos, y amar a los prójimos en hermanos. Quizás deberíamos unirnos a él.

Padre celestial, líbranos de las ataduras del maligno para que seamos personas de amor. Expulsa el odio, la ira y el miedo de nuestros corazones, para que veamos a cada persona como tu buena creación, destinada y diseñada para una vida de amor en ti. Amén.

Joel Childers

18 DE DICIEMBRE

HIJOS DE DIOS POR LA FE

Gálatas 3:23–29

“Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26)

Un recuerdo vívido de mi infancia y la de mis hijos es la aventura de aprender a montar en bicicleta. Todos empezamos con rueditas para desarrollar el equilibrio necesario para andar solo con dos ruedas. Pero cuando nos las quitaron, pasamos un período incómodo antes de que confiáramos en poder montar sin ellas; al principio nos caíamos porque aún no habíamos desarrollado el equilibrio adecuado. Nos preguntábamos si las habíamos quitado demasiado pronto. ¿Podíamos confiar en que ya estábamos listos para montar sin ellas?

Mi recuerdo de aprender a andar en bicicleta no es una analogía perfecta para la situación que Pablo aborda en el texto de nuestra meditación de hoy. Pero quizás nos ayude a apreciar una ilustración que Pablo usa con las iglesias a las que escribe. También podría ayudarnos a desarrollar una mayor gratitud por nuestra relación con Dios, lograda con la llegada de Jesús.

Pablo está muy preocupado por las iglesias de Galacia. Parecen haber establecido una relación poco saludable con la Biblia. Del argumento de la carta, parece que intentaban establecer su relación con Dios basándose en las prácticas establecidas en la Torá, en lugar de confiar en que Dios había establecido esta conexión para ellos como un don basado en la muerte y resurrección de Jesús. Pablo cree que corre el peligro de perder este don invaluable.

En los versículos que estamos considerando, Pablo usa un par de analogías de la vida familiar para ayudar a los gálatas a repensar su relación con Dios. La analogía que sirve de contexto para toda la discusión es la de una familia. Dios ha establecido una familia. Dios lo hizo al hacerle una promesa a Abraham (v. 29). La familia comenzó con Israel, pero Dios la extendió al resto de las naciones—y, por lo tanto, a las iglesias de Galacia—mediante la muerte y resurrección de su propio hijo, Jesús. La venida de Jesús hace posible este don. Habiendo sido bautizados en Cristo, los gálatas ahora son hijos de Dios. ¡El don de Dios los coloca en una relación correcta con Dios (v. 24)! Pero su tentación de depender de las prácticas de la Torá pone en riesgo su herencia familiar.

Pablo pide a los gálatas que consideren su vida en Cristo y su relación con la Torá como una analogía con el estatus que alcanzan los jóvenes al pasar de la edad escolar a la adultez. En la antigua Grecia y Roma, una familia proporcionaba a un niño en edad escolar lo que se llamaba un “pedagogo” (v. 24; algunas traducciones dicen “disciplinador”, “custodio” o “guardián”). Esta persona solía ser un esclavo doméstico de confianza cuya responsabilidad era supervisar las actividades del niño desde que salía para la escuela por la mañana hasta que se acostaba por la noche. El pedagogo era responsable de velar por su bienestar físico y moral. Se aseguraba de que el viaje a la escuela transcurriera sin problemas; de que no se adentrara en lugares indebidos ni se dejara engañar por personas en quienes no se debía confiar. El pedagogo no era formalmente un maestro, sino que ayudaba tanto en las tareas escolares como en el cultivo de valores morales.

El punto de Pablo parece ser que el rol del pedagogo se limitaba principalmente a una etapa específica de la crianza del niño. Una vez que el niño alcanzaba cierta edad, ya no recurría al pedagogo en busca de orientación. Asimismo, gracias a la llegada de Jesús, ya pasó el tiempo en que la Torá habría sido necesaria para guiar a los gálatas. Ahora deben confiar en que Dios los ha convertido en familia.

Quizás los gálatas experimentaban una incertidumbre similar a la de quien se preocupaba por haber quitado las rueditas de la bicicleta demasiado pronto. Quizás, algunos en estas iglesias temían que algunas de las prácticas de la Torá aún fueran necesarias para ser miembros de la familia de Dios. Pablo les escribe para asegurarles que estas prácticas son completamente innecesarias. La llegada de Jesús al mundo hizo posible esta relación familiar con Dios; su bautismo en Cristo la hizo realidad.

El Adviento es una época en la que celebramos lo que Dios ha hecho por su creación en la encarnación. Estos versículos nos recuerdan que pertenecemos a la familia de Dios; somos hijos de Dios porque Dios se hizo hijo por nosotros.

Hoy también nos examinamos a nosotros mismos y cómo nos comportamos como miembros de esta familia. Algunos en Galacia recurrían a la Biblia (Torá) para establecer su relación con Dios. ¿Estamos haciendo algo similar? ¿Buscamos enseñanzas o prácticas en la Biblia para intentar afianzar nuestra relación con Dios por nuestros propios méritos en lugar de confiar en el don de Dios de esa relación?

Querido Padre, gracias por tomar forma humana para que pudiéramos ser tus hijos. Ayúdanos a confiar en que nuestra presencia en tu familia es un regalo que nos has dado. Ayúdanos a dejar de lado cualquier cosa que podamos estar usando para intentar forjar esa relación por nuestra cuenta. Amén.

Richard Wright



19 DE DICIEMBRE

RESTÁURANOS, OH SEÑOR

Salmo 80:1–7, 17–19

*“Restáuranos, oh Dios de los ejércitos;
haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos” (Salmo 80:7)*

Mis primeras experiencias con los Salmos se centraron en la poesía. La iglesia de mi infancia enseñaba fragmentos de ellos como hermosos y líricos. No recuerdo que me animaran a leer los que hablaban de clamar por ayuda, de expresar lamentos tristes o de pedir la destrucción de mis enemigos. Creo que habría sido diferente con una visión más completa de estos textos antes en mi vida. Me gusta imaginar que habría encontrado un lugar seguro donde dejar mi confusión, mi dolor y mi agotamiento cuando el mundo entero me resultaba insoportable. Al menos ahora sé que estos pasajes existen en las Escrituras, y este es un momento en el que los necesito.

Las palabras de Adviento—paz, amor, alegría y esperanza—buscan atraer nuestra atención hacia la bondad de Dios. Dedicamos esta temporada a mostrar gratitud por la promesa cumplida de Cristo como Dios en la tierra, viviendo como uno de nosotros. Lo cubrimos todo con cintas y luces brillantes para protegernos de la oscuridad del invierno y de la oscuridad en nuestras almas. *“Restáuranos, oh Dios; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos”* (v. 3). Por favor, no me malinterpreten, esta práctica de envolver nuestras vidas desordenadas con esperanza y alegría es buena y necesaria para nuestra salud espiritual. Necesitamos una temporada que se centre tanto en esperar como en recibir para poder seguir contando la historia de Dios en un mundo que anhela ese día de la Nueva Creación.

El Salmo 80 habla de un tiempo en el que Israel se ha cansado de vivir bajo el castigo y la destrucción. Están cansados de las consecuencias de un pacto roto y un reino quebrantado. *“Oh Señor Dios de los ejércitos, ¿hasta cuándo estarás enojado con las oraciones de tu pueblo?”* (v. 4b). El poeta invoca a Dios como líder de ejércitos que podría arrasar con la retribución de quienes han causado daño y le pide que arregle las cosas. Eso es lo que estamos haciendo

en esta época. Reconocemos la lucha que implica nuestra espera de redención al dirigir nuestra atención a la Encarnación. Nuestro mundo está lleno de quebrantamiento y hay días en los que parece que los enemigos de la justicia están ganando. Pero los cristianos aún claman en la oscuridad: “*Pero que tu mano esté sobre el varón de tu diestra, sobre el que para ti afirmaste. Así no nos apartaremos de ti; danos vida, e invocaremos tu nombre*” (vv. 17–18).

No hemos perdido la esperanza. No solo fingimos que la forma en que Dios nos ha cuidado en el pasado es suficiente para sostenernos, porque sabemos y confiamos en que hay más por venir. Dios seguirá dándonos vida, restaurándonos. Cuando los fríos vientos del invierno me hielan los huesos, y la avalancha de noticias sobre personas que sufren me hiela el corazón, recurro a las palabras del salmista porque sé que Dios nos escuchará y responderá: “*Escucha, oh Pastor de Israel . . . Restáuranos, oh Señor, Dios de los ejércitos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos*” (v. 1a, 19).

Dios de los ejércitos, por favor, reúnete con nosotros en la espera. Anhelamos que tu salvación y redención cubran el mundo de esperanza, alegría, amor y paz. Gracias por recibir nuestro clamor y restaurarnos con tu presencia. Permítenos ser quienes llevemos esa restauración a quienes esperan. En el nombre de Cristo, Amén.

Dana Spivy Glover



20 DE DICIEMBRE

¿VES LO QUE YO VEO?

Juan 3:31–36

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él” (Juan 3:36)

En la clásica canción navideña “¿Oyes lo que yo oigo?”, el viento nocturno invita a un cordero a ver, y este, a su vez, invita a un pastor a escuchar. Entonces, el pastorcillo le pregunta al rey si sabe lo que él, el pastorcillo, sabe al ver y escuchar al cordero. El rey, comprensivo, llama al pueblo a escuchar lo que tiene que decir, habiendo aprendido de esta progresión de sabiduría transmitida. Al leer el texto de hoy, este movimiento de ver a oír, que lleva a la comprensión y luego a un llamado a otros a escuchar, resuena en mí. Inmediatamente después de que Juan el Bautista testifique sobre Jesús a sus discípulos, el autor de Juan ofrece un comentario adicional sobre Jesús, ofreciendo un resumen de las lecciones de las historias de Nicodemo y Juan el Bautista, mencionados anteriormente en el capítulo.

El comentario se desarrolla, y el autor afirma que Jesús, quien es de arriba, da testimonio de lo que ha visto. Se nos anima entonces a escuchar lo que dice Jesús, a aceptar su testimonio. El texto parece interrogarnos: ¿Sabíamos que Dios lo envió, lo ama y le ha dado autoridad? Pero escuchen con atención, advierte el escritor: si rechazan a Cristo, rechazan la vida; si lo aceptan, la obtienen. ¿Ven a Cristo venir? ¿Escuchan el mensaje del autor? ¿Saben quién es Cristo? ¿Lo escucharán? ¡Qué preguntas tan oportunas para la Navidad!

Cuando escuchas villancicos en la radio o los cantas en la iglesia, ¿prestas atención a lo que dicen o simplemente los cantas por costumbre? Si es así, te sugiero que hagas una pausa y prestes atención. Reflexiona sobre si entiendes la letra y estás de acuerdo con ella. Si no, haz preguntas y habla con otros creyentes. Si es así, adora a Dios y comparte lo que has descubierto.

Cuando ves los bastones de caramelo y las luces navideñas, ¿entiendes lo que celebramos? Es fácil dejarse llevar por la alegría de la temporada y olvidarse de honrar a quien nos

da alegría. Cuando sonrías al ver el árbol de Navidad bellamente decorado, detente y da gracias al Señor. Cuando disfrutes de un chocolate caliente con menta, da gracias al Señor.

Por favor, no se limiten a ver y oír, sino que escuchen el mensaje de Navidad. Emanuel, Dios con nosotros, ha llegado. Escuchen esa verdad que resuena por todas partes en Navidad y reconózcanla en su corazón. Dejen que los transforme. Demuestren a los demás el amor sacrificial y la misericordia que Cristo nos ofrece. Incluso los pequeños gestos pueden marcar una diferencia significativa, como dejar que alguien pase primero en la fila del supermercado o pagar la cuenta de otra mesa. Si realmente escuchamos y vemos, si entendemos, entonces nuestras vidas deberían reflejarlo y deberíamos hablar de Cristo a los demás. Que vean la estrella, escuchen la canción, conozcan a Cristo y escuchen a quien nos trae bondad y luz. Y así como el pastorcillo fue lo suficientemente humilde como para escuchar a un cordero y lo suficientemente valiente como para hablarle al rey, que ustedes sean iguales.

Señor, abre nuestros ojos para que te veamos en esta temporada. Estás en todas partes, pero a menudo estamos demasiado ocupados para notarlo. Perdónanos. Ayúdanos a escuchar lo que dices, enséñanos tu mensaje y muéstranos cómo encarnarlo. Vemos lo que has hecho y escuchamos tus palabras. Comprendemos la importancia de todo esto y lo proclamaremos a los demás, invitándolos a escuchar también. Alabado sea tu nombre, Niño que tiembla de frío, visitado por pastores y sabios por igual. Alabado seas, Niño, que nos traes bondad y luz. Amén.

Ariel Bloomer



21 DE DICIEMBRE

BELÉN Y LOS BARRIOS

Miqueas 5:2–5a

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; sus orígenes son desde el principio, desde los días de la eternidad . . . Él estará firme y pastoreará su rebaño con el poder del Señor . . . y él será nuestra paz” (Miqueas 5:2, 4a, 5a)

Miqueas desvía nuestra mirada de los centros de poder. No es Jerusalén, ni las cortes reales, ni los salones del imperio, sino una pequeña ciudad olvidada—Belén—la que se convierte en el seno de la promesa de Dios. El Mesías emerge no de la grandeza, sino de lo oculto, no del privilegio, sino de la humildad.

Este cambio impacta profundamente a las comunidades latinas e hispanas. Muchas de nuestras familias han conocido lo que significa vivir al margen. Desde barrios y campos, desde campamentos de migrantes y colonias, la vida a menudo se desarrolla lejos de los centros de influencia política o económica. Y, sin embargo, en estos mismos lugares de pobreza, la presencia de Dios se ha manifestado. La visión de Miqueas confirma lo que nuestras abuelas siempre han susurrado en oración: “Dios no se olvida de los pueblos pequeños, de las casas pobres ni de las manos cansadas.”

Belén se convierte en símbolo de esperanza para nosotros. Nos recuerda que Cristo no se levanta en palacios, sino en pesebres. Así como los pastores de Belén fueron llamados primero, también lo son quienes viven cerca del campo y trabajan con sus manos. Dios elige a los olvidados como punto de partida de la paz.

Miqueas también dice que el gobernante “pastoreará su rebaño.” Esta imagen es a la vez pastoral y comunitaria. En las culturas latina e hispana, la familia y la comunidad son fundamentales para la identidad. El liderazgo no es dominación, sino cuidado. El Cristo que esperamos no es un monarca distante, sino un pastor que camina con su pueblo, cuya fuerza está arraigada en Dios y que “será nuestra paz.”

Al final del Adviento, esperamos no solo a un Salvador personal, sino también a un rey-pastor que traerá justicia y shalom. Las palabras de Miqueas resuenan con el anhelo de muchas iglesias de líderes que protejan a los vulnerables, alimenten a los hambrientos y guíen con humildad. En la memoria cultural del exilio, la migración y la resiliencia, escuchamos la buena noticia: las voces de los pueblos más pequeños, los lugares olvidados y los marginados se alzarán, porque desde Belén llega la paz para todos.

*Dios de Belén,
tú eliges a los pequeños y olvidados para revelar tu grandeza. Te acercas al hogar humilde, al trabajador migrante, a la calle del barrio. Pastoréanos con tu fuerza, reúnenos en tu rebaño y haznos instrumentos de tu paz. Mientras esperamos tu venida, enséñanos a ver tu presencia en cada Belén de nuestro mundo.
En el nombre de Cristo, nuestra paz. Amén.*

Omar Palafox



22 DE DICIEMBRE

NUESTRO HERMOSO REY

Isaías 33:17-22

*“Porque el Señor es nuestro juez; el Señor es nuestro gobernante;
el Señor es nuestro rey; él nos salvará” (Isaías 33:22 NVI)*

“**T**us ojos verán al rey en su hermosura; contemplarán una tierra que se extiende a lo lejos” (v. 17). Isaías presenta una imagen de esperanza, un futuro en el que los fieles pueden mirar atrás y reflexionar sobre el terror del pasado sin temor, con la promesa de que “ya no verás al pueblo insolente” (v. 19). Esto plantea la pregunta, por supuesto, de qué terror y qué pueblo insolente. Revisar los versículos anteriores nos ofrece una visión más completa para comprender esta visión de un futuro esperanzador.

Unos versículos antes de comenzar nuestra lectura de hoy, el capítulo 33 de Isaías comienza con “¡Ay del destructor!”. El texto habla de personas traidoras y violentas que sufren las consecuencias de los males que han cometido. El capítulo habla de personas que esperan la intervención de Dios en tiempos turbulentos, cuando se rompen los tratados y la gente teme viajar, dejando los caminos vacíos.

Isaías 33 anuncia que Dios vendrá como fuego sobre la tierra y describe a los pecadores temerosos, preguntándose: “¿Quién de nosotros podrá vivir con el fuego devorador?” (v. 12). Quienes no se benefician de la opresión, ni aceptan sobornos, ni toleran la violencia estarán a salvo. Estas señales de rectitud, que consisten simplemente en evitar la complicidad en la corrupción, no son muy exigentes; sin embargo, muchos aún no cumplen con estos estándares básicos. En un mundo gobernado por poderes corruptos, oponerse a ellos y negarse a beneficiarse de su corrupción requiere valentía y determinación.

Aun con todas las presiones para alcanzar el poder, algunos permanecen fieles y rechazan las oportunidades de aprovecharse del sufrimiento ajeno. Estos fieles estarán a salvo mientras Dios derroca a los líderes corruptos y restaura la justicia. Son ellos quienes tienen el privilegio de contemplar a su nuevo rey, bondadoso y justo, en toda su belleza.

Nuestro texto promete un nuevo rey, uno que pondrá fin a la injusticia, salvará al pueblo y gobernará con justicia. Presenta una imagen de paz y una ciudad tranquila, a salvo de la guerra. Es una imagen hermosa para contemplar. Y, sin embargo, al leer un texto sobre la liberación de la violencia, la opresión y la guerra, es difícil reflexionar sin reconocer que nuestro propio mundo, tal como es actualmente, está plagado de todas estas cosas. Las guerras arrecian, y las personas vulnerables pagan el precio máximo por ellas, mientras que los ricos y poderosos se benefician de la violencia y la opresión. A medida que las noticias de un horror se desvanecen, surge otro. A menos que ocurra un milagro, muchas más injusticias habrán llegado a los titulares y habrán sido olvidadas entre la escritura de esta meditación y su lectura.

Puede existir la tentación de apagar todas las fuentes de noticias y cantar villancicos a todo volumen para ahogar el sonido de un mundo que sufre antes de que llegue a nuestros oídos. Sin duda, hay un lugar fiel para cantar melodías alegres y proclamar la venida de Jesús durante toda la temporada, pero en este momento, al honrar el Adviento, el tiempo de la espera, tenemos la oportunidad de abrir los ojos y ver cómo nuestro mundo refleja el de Isaías. Aunque se presentan nuevas banderas, la violencia, la corrupción y la explotación aún plagan nuestro mundo.

Incluso en un mundo quebrantado de muchas maneras similares a las del nuestro hoy, este texto ofrece una proclamación de esperanza. Un día, el reino de Dios vendrá en plenitud. Dios restaurará la paz y derribará los sistemas de poder que prosperan explotando a las personas. Quienes defienden y se benefician de estos sistemas no verán con buenos ojos los cambios que traerá el reino de Dios, pero para todos los que viven bajo la amenaza de estos poderes, esta es sin duda una buena noticia.

Dios no nos olvida ni nos abandona a los caprichos de los imperios y sus gobernantes. Un día, Dios restaurará la justicia. Hasta entonces, este texto nos invita a esperar un mañana mejor y a confiar en que Dios lo traerá. Al confiar, unámonos a las filas de los justos y rectos que se niegan a sacrificar la integridad y rechazan cualquier ganancia derivada del sufrimiento y la opresión de los hijos de Dios, cercanos o lejanos. Un día veremos a nuestro hermoso rey traer verdadera justicia y paz a nuestro mundo. Permanezcamos fieles mientras esperamos.

Te alabamos, oh Dios, y te proclamamos nuestro gran rey, porque eres bueno. Danos ojos para ver más allá de los gobernantes de este mundo y presenciar tu poder en acción. Guía nuestros corazones para rechazar la violencia y la tiranía, tanto cerca como fuera de nuestras fronteras. Destruye los poderes que plagan nuestro mundo con violencia y opresión, y guíanos por los caminos que conducen a la paz. En el nombre de Jesús. Amén.

Karen Cooke



23 DE DICIEMBRE

LA CANCIÓN DE MARÍA

Lucas 1:46b-55

“Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes”

(Lucas 1:52 NVI)

En este momento, María se une a una larga lista de profetas y poetas que dan testimonio de la bondad de Dios. Sigue los pasos de Miriam, Ana e Isaías, declarando que nuestro Dios observa la injusticia y trabaja para remediarla. Se regocija de que Dios la haya elegido para contribuir a restaurar la justicia en un mundo quebrantado.

constante del poder de Roma. Aun así, en ese momento, declara con confianza que Dios es su salvador, que Dios es misericordioso y que Dios recuerda y cumple sus promesas. María ve cómo quienes ostentan el poder se esfuerzan por acumular más poder a costa de los pobres y vulnerables. Ve los efectos de la pobreza a su alrededor. En este momento profético, ve más allá de su realidad presente para comprender lo que los profetas y salmistas han estado diciendo desde mucho antes de su nacimiento: que el Dios que creó este mundo y dio a su pueblo el mandamiento de amar al prójimo y al forastero por igual, ama la justicia.

María ve que el Dios de Abraham, Sara, Isaac y Rebeca se da cuenta del hambre y el sufrimiento de las personas. Dios ve estas cosas y se preocupa. Gabriel le dijo a María que su hijo sería el gran rey prometido por Dios; María, al comprender que Dios ama la justicia y se preocupa por los pobres, comprende que este rey que lleva en su vientre no abusará del poder como los reyes y emperadores que actualmente gobiernan su tierra. Él revolucionará las ideas de poder que explotan a los vulnerables. Los ricos, los orgullosos y quienes ocupan tronos contruidos sobre la violencia y la opresión serán dispersados de sus puestos de poder. Su rey alimentará a los hambrientos y elevará a los humildes.

Mientras María llevaba su embarazo, albergaba la esperanza de que el Dios que obró de maneras misteriosas y profundas en el pasado lo haría de nuevo. Cuando su bebé creciera, tendría la oportunidad de verlo y oírlo alimentar a los hambrientos, sanar a los enfermos y

animar a los necesitados, mientras denunciaba los poderes que explotaban a estas personas y las hacían vulnerables. Pudo presenciar cómo su bebé se convertía en un rey prometido que ejercía el poder de una manera fundamentalmente diferente a la del Imperio Romano.

Muchos imperios han surgido y caído desde que María sostuvo por primera vez a su bebé en brazos. Si bien los títulos cambiaron y las fronteras se redefinieron, algunas condiciones siguen vigentes. El poder sigue actuando como una fuerza adictiva, y muchos de quienes lo poseen siguen abusando de él para acumular más. A pesar de toda nuestra tecnología moderna y la capacidad de transportar alimentos a todo el mundo, las guerras y los conflictos generan hambrunas evitables. La pobreza y el hambre siguen proliferando en nuestro mundo, consumiendo a los hijos que Dios ama.

Sin embargo, este texto ofrece esperanza. Dios no permitirá que la injusticia perdure para siempre. Cuando el reino de Dios se realice plenamente, veremos a los orgullosos dispersados y a los humildes enaltecidos, tal como dijo María. Mientras tanto, esperamos con María para ver al Rey verdadero y justo en toda su gloria.

Que tengamos valor mientras esperamos, rechazando la desesperación que nos tienta a ignorar la injusticia que nos rodea. Al orar por la venida del reino de Dios y para que su voluntad se haga en la tierra como en el cielo, imitemos a nuestro rey. Rechacemos la injusticia y abracemos la misericordia, celebrando la bondad de Dios dondequiera que la veamos obrar en nuestro mundo y aceptando las invitaciones que recibimos para unirnos a la obra restauradora de Dios.

Dios, te alabamos y nos regocijamos en tu gran bondad. Con María, nos maravillamos de que cuides de los débiles, los humildes y los olvidados. Te agradecemos cada misericordia que nos has mostrado y te pedimos que sigas formándonos a tu imagen para que podamos mostrar misericordia como nuestro Padre. En el nombre de Jesús. Amén.

Karen Cooke



24 DE DICIEMBRE

LA GRACIA QUE ENSEÑA

Tito 2:11-15

Porque la gracia de Dios se ha revelado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, rechazando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este siglo con justicia y piedad (Tito 2:11-12)

¿Tito en Nochebuena? ¿Ni hablar de regalos, leche y galletas para Papá Noel, árboles y pezuñas de reno en los tejados? ¿Qué clase de meditación es esta?

La carta a Tito se dirige a un joven maestro cristiano encargado de formar una comunidad de creyentes en la isla de Creta. La carta analiza con rigor la congregación local, señalando sus dificultades con los chismes insignificantes, las mentiras y otras conductas antisociales. La gran visión del evangelio choca con las trivialidades de la vida cotidiana. El maestro cristiano asume la tarea de elevar a la gente a la luz de su eventual estado de bienaventuranza ante Dios. Vive lo mejor que puedas teniendo en cuenta los deseos de Dios para la humanidad.

Tito 2:11-15 sigue las exhortaciones a sectores de la iglesia (ancianos y jóvenes, hombres y mujeres, libres y esclavos). El texto no ofrece un programa completo de reforma social ni un análisis exhaustivo de las estructuras sociales del Imperio Romano. En cambio, asume que todo aquel que escucha sus palabras goza de un grado de albedrío otorgado por Dios y puede asumir la responsabilidad de sus propias acciones. Incluso las personas más oprimidas pueden tomar decisiones sobre su respuesta, y esas decisiones le importan a Dios. Incluso dentro de las estrechas limitaciones de la sociedad antigua, Tito debe ayudar a su pueblo a vivir con integridad.

Este párrafo, entonces, se aleja de las exhortaciones específicas a los principios fundamentales. Estos incluyen ideas cristianas clave como

- La gracia de Dios se extiende a todos los seres humanos independientemente de su rango o prestigio.

- Esa gracia es visible en el sufrimiento del Señor Jesucristo, a quien la Iglesia alaba e imita.
- La gracia nos permite eliminar las prácticas que nos esclavizan y reformar nuestros deseos por esas cosas.
- Todo esto es posible gracias a la inminente aparición de “el Gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo.”

Este párrafo conciso contiene otras ideas y valores clave, todos apuntando en la misma dirección. La carta a Tito llama a los maestros cristianos y a todo aquel que aprende de ellos al plano más elevado de la existencia humana: la vida con el Dios que se entrega a sí mismo.

Ese último adjetivo importa. El versículo 14 añade un par de cláusulas subordinadas que describen a Jesús como aquel que “se entregó por nosotros, para que fuéramos purificados de toda iniquidad y purificados como un pueblo especial para él.” Los gentiles sin una historia con el Dios salvador pueden comenzar una historia similar gracias a la obra de Jesús de Nazaret. Dejando de ser esclavos de tiranos o juguetes de anarquistas, ellos—nosotros—comenzamos a relacionarnos con Dios y a aprender de Él.

Este texto, entonces, parece totalmente apropiado para la Nochebuena. La historia de este día va más allá de un nacimiento común o de una simple entrega de regalos a seres queridos. Trata del acto supremo de dar regalos, cuando Dios se hace hombre judío que sufre junto a judíos y gentiles, y por ellos.

Por muy divertidos que sean los árboles y los renos (siempre que no se acerquen al césped), hoy nos llega algo mucho mejor: la libertad. Libertad de las malas ideas, los deseos desviados, el miedo, la ira y el odio. Libertad de las ataduras de la muerte. Libertad de los poderes del mal y de los males del poder. Todo eso es mucho mejor que incluso el mejor regalo bajo el árbol.

El párrafo termina exhortando a Tito a enseñar a otros, a persuadir, advertir o animar a sus oyentes para que puedan apreciar correctamente su situación. Han recibido el mayor don posible, y para disfrutarlo, deben vivir plenamente sus implicaciones. El maestro de la iglesia los llama a esa clase de vida, señalándoles a su propio maestro: la gracia de Dios. En la enseñanza de Tito (y en la de sus muchos sucesores), la gracia de Dios se manifiesta en palabras y acciones para que otros perciban la belleza de la misericordia divina y vivan imitándola.

¿Qué clase de meditación es esta? Eso no importa mucho. Las palabras no bastan en Nochebuena. El Dios que se entrega nos ha invitado a todos a la sala de partos para presentar, celebrar y proclamar. “Porque la gracia de Dios se ha revelado para salvación. . . .”

Concédenos, oh, Dios, una visión de lo que has hecho y una visión que nos acompañe en lo que podemos llegar a ser gracias a ello. Aguardamos con ansias tu salvación. Dirige nuestros deseos y esperanzas hacia el bien, pues sabemos que lo que deseamos, nos convertimos. Muéstranos lo que nos mostrarás para que seamos lo que necesitamos ser. Amén.

Mark W. Hamilton



25 DE DICIEMBRE

TODO ANTES DEL AMANECER

Juan 1:1-14

“El Verbo se hizo carne y sangre, y se instaló en el vecindario.

Vimos la gloria con nuestros propios ojos” (Juan 1:14, El Mensaje)

La mañana de Navidad llegó a Castlemann Drive en Memphis, Tennessee, una calle de barrio que serpenteaba entre magnolios. Sus ramas se ramificaban y sus hojas se mecían con la brisa; imagínense estos árboles de hoja perenne. Se estiraban como si estuvieran de puntillas. Ya entonces era un lugar bien establecido y acogedor para vivir, con muchas zanjas y callejones; justo el tipo de lugar al que un niño pequeño querría mudarse. Este barrio, lleno de familias jóvenes y niños, era donde Philip y Craig vivían a tres casas de distancia cuando tenían nueve años.

Fue en esta mañana de Navidad de nueve años que Craig anhelaba una especie de milagro navideño. Caminando con pies ligeros, girando el pomo en silencio mientras miraba por la puerta del garaje, vio lo que podría haber sido el mejor regalo de todos los tiempos. Brillando bajo la luz de la calle que se filtraba a través de las ventanas del garaje, se encontraba un kart flamante. Superaba la grandeza de la “Máquina Verde” que había pedaleado por las aceras del vecindario con sus amigos. Había dejado atrás la liga de los “Grandes Ruedas” y había alcanzado la fama. Sus triciclos de plástico le habían enseñado a frenar y a derrapar en las curvas, pero esos eran juguetes para niños. Claramente, ya no era un niño. La visión ante sus ojos en esta mañana de Navidad justificó la sensación de que estaba listo para algo más, y no lo dudó. Arrancó el motor, levantó la puerta del garaje y corrió por la entrada antes de que nadie más de su familia pudiera quitarse el sueño de los ojos. Momentos después, chocaría con la casa de ladrillo de su mejor amigo. Todo antes del amanecer.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, teníamos una regla muy básica para la mañana de Navidad: esperar a que saliera el sol. Como cualquiera podría imaginar, esta versátil regla se puede aplicar a muchos contextos. Craig no creció con esta regla, y sus padres, al

oír semejante estruendo navideño, se levantaron de la cama para ver qué pasaba. Jim fue el cerebro detrás de la Navidad de los karts; para Judy, el regalo fue una sorpresa. Allí estaban, en el garaje: bata roja y rulos rosas, camiseta blanca y calzoncillos holgados, boquiabiertos. No fue un despertar cálido ni agradable. Un chillido, un crujido y un chisporroteo navideño resonaron por todo el edificio y la puerta principal de Philip se abrió. Me pregunto qué dijo primero su padre. “¡Oh, hola, Feliz Navidad!”.

La emoción duró poco. En los treinta segundos que el kart hizo su primera carrera a toda velocidad, los dos padres de Craig, en pijama, se encontraron al pie de la entrada. Apenas habían empezado a explorar la oscura acera cuando oyeron el estruendo. Allí, sentado en el kart, tres puertas más allá, el nuevo conductor de nueve años se quedó atónito, tras haber rebotado contra el muro de ladrillo que separaba la puerta de Philip del garaje. ¿Qué había pasado?

Hemos contado esta historia en familia durante años. Es divertido contarla y escucharla, pues todos pueden imaginar la emoción y la conmoción. Reflexionar sobre lo que sucedió después nos deja atónitos cada vez. En *The Message*, Eugene Peterson correlaciona el relato del Evangelio con un contexto moderno diciendo: “La Luz de la Vida resplandeció de las tinieblas” (Juan 1:5). ¡Claro que sí!

Al comenzar en la oscuridad, esta historia sirve como parábola que explica por qué la gente necesita luz. Si bien la preparación de Juan para Jesús entusiasmó a la gente con la luz, la presencia de Jesús como persona seguía siendo impactante para quienes permitían que sus mentes asimilaran el concepto de la divinidad que elige a la humanidad. La compleja simplicidad de este concepto aún señala directamente a la inefabilidad de Dios.

Retrocedamos unos miles de años, y todo antes del amanecer de la mañana de Navidad, Jesús “se mudó al vecindario; el Verbo se hizo carne” (Juan 1:14). ¿Qué sucedió? Agustín, en un intento por aliviar la tensión que crea la idea de que Dios se hiciera humano, sugirió a sus amables oyentes que consideraran que Jesús no permaneció menos divino y simplemente “asumió” la humanidad como yo podría ponerme mi chal de escribir. El problema con esa perspectiva, como señala David E. Fredrickson, es la eliminación del asombro ante la venida de Cristo. En resumen, es impactante. La sacudida de esta verdad podría compararse con lo que uno podría recibir si estrellara un kart contra la fachada de la casa de su mejor amigo. El impacto de Jesús, el Verbo hecho carne, impulsa la mente humana hacia aquello que excede la capacidad de las palabras.

La admiración por el accidente de la mañana de Navidad en Castlemann prepara la mente humana para un asombro continuo respecto a Cristo, su venida y su crucifixión. Estas acciones de la vida de Jesús ocurrieron en un momento histórico, pero se describen de una

manera que indica una acción continua. Los movimientos de la vida, muerte y resurrección de Jesús presentan una realidad continua, una que las personas pueden recibir y a la que pueden unirse en cualquier momento.

*Jesús, que nunca dejemos de maravillarnos con tu presencia constante. Buenos días.
Feliz Navidad. Amén.*

Beth Ann Fisher



26 DE DICIEMBRE

LA CASA DE FIERAS ALABANDO A DIOS

Salmo 148

*Alaben el nombre del Señor, porque sólo su nombre es exaltado;
su gloria está sobre la tierra y los cielos (Salmo 148:13)*

Aprendí a escuchar el canto de adoración de la creación a orillas del lago Hurón. Mi familia pasaba las vacaciones de verano allí, entre la brisa fresca, las playas de arena y las aguas tranquilas. Nos desconectamos de las maravillas tecnológicas de la civilización y del ritmo frenético de nuestra vida en común para reconectarnos con Dios, nuestra familia y nuestra comunidad. Bajamos el ritmo lo suficiente como para respirar profundamente la lentitud deliberada de la naturaleza y prestar atención a las maravillas encantadoras de la amada creación de Dios. Aprendí, de niño, que si me aquietaba lo suficiente, casi podía oír la sinfonía de alabanza de la creación a Dios, si tan solo pudiera cultivar la disposición para escuchar. Atesoro estos recuerdos y los llevo conmigo ahora, y de vez en cuando me detengo lo suficiente para prestar atención a la adoración que sucede a mi alrededor.

El Salmo 148 celebra a Dios como Aquel que creó toda la creación y la sustenta con amor. El tiempo de Adviento dirige nuestra atención hacia la obra de recreación de Dios en y a través de Cristo. La venida de Cristo como Rey inaugura una renovación del mundo, en la que incluso la creación misma anhela la redención. La dimensión cósmica de la creación alabando a su Creador en el Salmo 148 anticipa con ansia la gran obra redentora de Cristo mediante la Encarnación.

El Salmo 148 nos recuerda que todo el cosmos—cielo y tierra, reyes y niños, ángeles y animales—está bajo el señorío universal de Dios. El tiempo de Adviento proclama fundamental y vigorosamente otra esperanza universal: Cristo viene no solo por el pueblo de Israel, sino por todas las naciones; viene no solo para renovar a la humanidad, sino para restaurar toda la creación. La universalidad y la grandeza de la convocatoria a alabar al Creador se prestan bien al anuncio angélico de la “buena nueva de gran alegría para todo el pueblo.”

En este glorioso canto de adoración, todos los aspectos de la creación alaban al Señor su Creador con un coro unificado de alabanza, incluso si hay armonías resonantes o variaciones sobre el tema. La creación se unifica en su ardiente adoración al Creador. El Verbo hecho carne mediante la Encarnación puede unificar aún más a todas las personas en una melodía armoniosa, y así unir el cielo y la tierra en adoración a Dios. El Adviento, como tiempo de espera expectante, también da testimonio de la anticipación de ese día glorioso en el que toda lengua, en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, confesará a Cristo como Señor para gloria de Dios Padre.

Como indica este himno de la creación, el propósito último de la creación es glorificar a Dios Creador. El tiempo de Adviento proclama que Cristo ha venido a restaurar a la humanidad a esa vocación; no estamos destinados solo a la supervivencia, sino a la adoración gozosa, la vida renovada y la colaboración con Dios para instaurar su reino. La esperanza que experimentamos en Adviento es paralela al anhelo de la creación de ser restaurada y renovada. La Encarnación ilumina la verdad fundamental de la Buena Nueva: la transformación y la nueva creación son siempre posibilidades esperanzadoras para el pueblo de Dios y en el Reino de Dios.

El Salmo 148 se regocija y alaba a un Dios cuya majestad exaltada está “por encima del cielo y la tierra”, pero a la vez enfatiza la cercanía de Dios a su pueblo. En el tiempo de Adviento, esta paradoja se manifiesta de nuevo porque el Dios trascendente de toda la creación se acerca a su pueblo a través de Jesús, Emmanuel o “Dios con nosotros”. En este tiempo de Adviento, estemos atentos a la obra de Dios en y a través de su pueblo.

Santo Dios, Santo Inmortal, bendito seas, oh, Creador, porque hablaste y nació el cosmos. Toda la creación, desde el delicado lirio hasta la galaxia ondulante, se une a la sinfonía de adoración para alabar tu Santo Nombre. Que tu bondadosa voluntad se haga en la tierra y a través de tu pueblo como en el cielo. Que anhelemos la venida de tu reino divino, oh Dios. Y que todos los seres humanos te conozcan y se unan a los cantos de alabanza incesantes de la creación, por tu Hijo Encarnado, Jesucristo, quien contigo y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Kendra Jernigan

27 DE DICIEMBRE

NUESTRA IDENTIDAD EN CRISTO

1 Juan 5:1-12

*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, ha sido engendrado por Dios;
y todo aquel que ama al que engendró, ama al que fue engendrado por él*

(1 Juan 5:1)

Amar. Engendrar. Testificar. Superar. Creer. Vivir.
1 Juan 5:1-12 llega casi al final de una extraña carta a una iglesia en dificultades. Este párrafo une temas que aparecen anteriormente en el libro, presentando una maraña de palabras impactantes que señalan a los lectores la íntima e intrincada relación que tienen entre sí y con Dios. Plantea una pregunta clave: ¿cuál es nuestra identidad en Cristo al amar a Dios y a nuestra comunidad en las realidades de su propio contexto?

Nuestro primer instinto es desentrañar las palabras y hacer que presenten cuidadosamente un argumento lógico. ¿Cómo da testimonio el Espíritu de la revelación del amor divino y cómo llegamos a creer en ese testimonio? ¿Cómo nos lleva a creer en la encarnación a amar a nuestros hermanos en la fe, y cómo implica no amarlos que no creemos en la encarnación? Este texto nos da mucho que desentrañar.

Quizás, sin embargo, deberíamos resistir esa tentación por un momento y dejar que las palabras nos inunden. Primera de Juan invita a sus oyentes, ya sea al pequeño grupo inicial de congregantes recientemente divididos o a nuestra iglesia contemporánea, mucho más grande pero aún dividida, a considerar su propia relación íntima con Dios. Necesito preguntarme si mi amor por mis hermanos en la fe refleja mi convicción de que Jesús se hizo uno de nosotros, alguien como mi prójimo, para rescatarnos del poder del pecado y la muerte. ¿Ha crecido mi amor por los demás hasta el punto de asemejarse al amor abnegado de Dios?

¿Cómo podemos saberlo? Si me preguntas si amo lo suficiente a quienes me rodean, probablemente te diré que sí y me guardaré mis dudas. La autojustificación y la autocritica danzan juntas en nuestras cabezas, sin que ninguna de ellas obtenga una ventaja permanente. Debe haber alguna prueba más allá de mis sentimientos personales, ya sea de autoafirmación

o de autonegación. Debe haber alguna manera de intentar vivir cada día con atención a la imagen de Dios en cada persona que me rodea. De lo contrario, estaremos atrapados en un ciclo interminable de juicio y justificación.

Primera de Juan propone la prueba de la obediencia cuando dice: “En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios: cuando amamos a Dios y obedecemos sus mandamientos” (1 Juan 5:2). Sabemos que amamos a Dios cuando amamos a nuestros hermanos en la fe, y sabemos que los amamos cuando amamos a Dios. Los mandamientos de Dios no son molestos precisamente porque reflejan su amor y nos enseñan a amar lo correcto en el orden correcto, con la pasión y las acciones correctas.

Esta lectura también insiste en algo más. Una comunidad que se ama experimenta la victoria sobre el mundo. Los seguidores de Jesús no buscan el dominio con las herramientas del imperio, ya sea por la fuerza bruta, la intimidación, la calumnia o el engaño. La muerte sacrificial de Jesús ofreció una invitación a la gente, no un camino de coerción. Los seguidores de Jesús lo honramos cuando también actuamos con generosidad. Quienes intentan ganar el mundo por medios mundanos ya han perdido la guerra, y en el proceso, sus propias almas.

Este texto aleccionador, pero a la vez encantador, de 1 Juan ofrece un punto de apoyo en un mundo de valores y lealtades cambiantes. Un amor bien enfocado hacia Dios y hacia los demás nos transforma de adentro hacia afuera. Crece y crece, ayudándonos a ver el mundo con mayor amplitud. Adquirimos mejores perspectivas y superamos la estrechez de miras. Empezamos a ver en cada persona a alguien que ya ha renacido en una relación con Dios o que podría hacerlo. Todos los seres humanos se convierten en nuestra preocupación y nuestro deleite.

Mi padre, que era ateo, me dijo cuando comencé a crecer como cristiano: “Si has encontrado la verdad, apégate a ella.” Llevo su mensaje conmigo todos los días mientras trato de vivir diariamente mi identidad como receptor de la verdad amorosa de Dios.

Este texto es un reto, especialmente unos días después de Navidad, al comenzar un nuevo año. En este momento, quiero proponerme amar más profundamente, ejercer la misericordia y dar testimonio del amor de Dios no solo con mis palabras, sino con mi vida. Quiero imitar a Cristo y encontrar mi identidad en amar a Dios y al mundo que Él creó.

Amar. Engendrar. Testificar. Superar. Creer. Vivir. Sí, todo eso y mucho más.

Oh, Dios, que en amor lo das todo para sanarnos, danos poder para dar lo que podamos. Ayúdanos a ver tu obra en nuestro prójimo. Ayúdanos a valorar los dones que has dado a cada persona. Que vivamos juntos como una comunidad llena de rectitud, esperanza y paz. Amén.

Samjung Kang-Hamilton



28 DE DICIEMBRE

ROPA CONTRACULTURAL

Colosenses 3:12-17

“Como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia”

(Colosenses 3:12)

¡Qué pasaje tan apropiado para leer tan pronto después de Navidad! Durante el Adviento, recordamos los días inciertos y a veces oscuros de la espera. Nosotros también esperamos, recordando la esperanza que Dios nos ha dado. Entonces, ¡nos regocijamos con la llegada del Mesías! ¡Cristo ha nacido! Recordamos su humilde nacimiento en un establo, hijo de un carpintero y una joven, dos personas indefensas provenientes de una pequeña nación, que vivían bajo el yugo de un poderoso ocupante.

Ahora, recordamos con alegría quiénes somos juntos. Cristo no vino solo para que cada uno supiera que irá al cielo al morir. Vino para darnos la vida verdadera, y esta vida se vive en comunidad: la comunidad del pueblo elegido de Dios.

Gracias a Cristo, somos elegidos, amados y santificados. En lugar de ser una comunidad llena de envidia, competencia, discusiones, chismes y vanidad, podemos estar llenos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia.

Desde el principio, la gente quería señales para que Jesús se probara a sí mismo. Leemos sobre esto en todos los evangelios, especialmente en Juan. Cuando Jesús llama a algunos de sus discípulos en Juan 1:43-51, ve a Natanael y dice: “¡Aquí tienen un verdadero israelita en quien no hay engaño!”. Es comprensible que Natanael se pregunte cómo Jesús lo conoce. Jesús responde: “Te vi debajo de la higuera antes de que Felipe te llamara”, y Natanael está abrumado, creyendo que Jesús es el Mesías. En Juan 4:48, Jesús le dice a un oficial real y presumiblemente a todos los demás que lo escuchaban: “Si no ven señales y prodigios (plural) no creerán”. En Juan 20:24-29, Tomás quiere una señal para creer que el Cristo resucitado es realmente Jesús. Podemos juzgar a estos antiguos por su deseo, pero ¿no es cierto que

también queremos señales? ¿Cómo sabemos que Dios es real? ¿Cómo sabemos que el Hijo de Dios que viene a la tierra cambia vidas?

No conozco mayor señal de que la vida, muerte y resurrección de Jesús marcan la diferencia que una comunidad que vive Colosenses 3:12–17. Por naturaleza, la mayoría tendemos a ser egoístas. Deseamos lo mejor para nosotros y para quienes amamos. Tendemos a crear comunidades pequeñas y exclusivas que solo incluyen a quienes queremos incluir. Nuestro mundo se centra en progresar, ganar dinero, recibir lo que merecemos y triunfar. En marcado contraste, Pablo invita a esta comunidad de cristianos a estar llenos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, gratitud y amor mutuo. Estas son las cualidades que ensalzamos como personas transformadas por el Hijo de Dios, quien entregó su poder para venir a la tierra.

Revestirse del nuevo yo (v. 10) moldea la forma en que los miembros de esta comunidad deben tratarse mutuamente. Deben soportarse, perdonarse y amarse mutuamente. Dado que fueron formados por el Mesías que trajo la paz a la tierra, deben dejar que la paz reine en ellos y, por lo tanto, ser agradecidos. Deben tratarse como iguales, incluso al enseñarse y exhortarse mutuamente, reconociendo y afirmando que todos tienen sabiduría que ofrecer.

En el mundo romano, el emperador ostentaba todo el poder. En nuestro mundo, también hay personas que aparentemente ostentan todo el poder. Pero nosotros seguimos a un Mesías que es el verdadero rey. Él renunció a todo poder, nació en humildad y vivió en humildad. Creció como hijo de un carpintero y eligió viajar como maestro itinerante, sanando y enseñando a las personas a amar a Dios y a amarse mutuamente. Amó a todos los que lo rodeaban incluso cuando se equivocaban una y otra vez. Aunque era “la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación” y aquel por quien todo fue hecho, se humilló a sí mismo y nos reconcilió a todos con Dios (Colosenses 1:15–23). Debemos ser un ejemplo de este mismo amor abnegado, unos a otros y al mundo. Al hacerlo, nos convertimos en un signo de la obra milagrosa de Jesús.

¡Qué gran mensaje para nosotros justo después de Navidad! Cantamos con gratitud al Dios que nos salva. Nos tratamos con bondad y respeto, y no guardamos rencor. Nos sentimos llenos de compasión y perdón. Amamos como Cristo nos amó primero.

Señor, ayúdanos a amarnos como tú nos amas. Ayúdanos a vernos con tus ojos, a llenarnos de tu amor y tu paz. En un momento en que casi todo nos recuerda que debemos aferrarnos a lo que “merecemos”, ayúdanos a aferrarnos a ti y a dejarnos transformar por completo por tu amor. Amén.

Kaley Ihfe

29 DE DICIEMBRE

EL SEÑOR QUE RESPONDE

Salmo 20

¡Que el Señor te responda en el día de la angustia!
¡Que el nombre del Dios de Jacob te proteja! (Salmo 20:1)

Cuando mis hijos eran pequeños, las noches rara vez eran silenciosas. A veces el llanto venía por una pesadilla, a veces por una enfermedad, y a veces por la inexplicable soledad que se cuela en las horas oscuras de la noche. Sin importar la causa, el patrón siempre era el mismo: oía que me llamaban, entraba en la habitación y el llanto se desvanecía. Al recordar esa época de nuestras vidas, lo que más me impacta es que, por lo general, no tenía que resolver el problema de inmediato. No necesitaba desterrar la pesadilla, curar la tos ni justificar el miedo. Simplemente estar allí, mi presencia, era lo que se necesitaba.

El Salmo 20 es una oración similar: una bendición pronunciada anticipando un momento de temor y peligro inminentes. Antes de que el rey de Israel entrara en batalla, el pueblo cantaba estas palabras: *Que el Señor te responda... te proteja... te envíe ayuda... te recuerde... te conceda el deseo de tu corazón... cumpla tus planes ...* Estas no son solo palabras elevadas. Reflejan la voz de un pueblo que clama por la presencia y el poder de Dios en los momentos más peligrosos.

El salmo tiene dos mitades: primero, la oración de la congregación por el rey (vv. 1–5), y luego la declaración confiada del poder salvador de Dios (vv. 6–9). El eje central es el versículo 6: “Ahora sé que el Señor ayudará a su ungido; le responderá desde su santo cielo con poderosas victorias a su diestra.” El pueblo ha orado y está seguro de que Dios actuará. Esa confianza no proviene de la negación; no están fingiendo que la batalla no es amenazante. Su esperanza descansa en el nombre del Señor, no en sus propios carros ni caballos (v. 7).

En Navidad, podemos leer este salmo con nuevos ojos. Vemos que el rey por quien Israel oró ha llegado, no con armadura, sino en pañales. La batalla que vino a librar no era contra ejércitos terrenales. El “día de angustia” no era solo la amenaza de enemigos a las puertas,

sino la profunda angustia de la humanidad alejada de Dios. El Dios de Jacob ha enviado a su ungido, no solo para sobrevivir a la lucha, sino para obtener la victoria decisiva.

El establo de Belén ya es un campo de batalla. Los poderes de las tinieblas no pasaron por alto la importancia de ese nacimiento: la ira de Herodes, su orden de matar a todos los bebés varones y la huida a Egipto dan testimonio de que el enemigo comprendía la amenaza que representaba este niño. Y, sin embargo, desde su primer llanto, la presencia misma de Jesús es la respuesta de Dios a este día de angustia. Como un padre que entra en una habitación oscura, Dios llega. Dios no grita instrucciones desde lejos; Dios se acerca.

Por eso el Salmo 20 pertenece al tiempo de Navidad. La victoria que anticipa comienza en el pesebre. La confianza que expresa—” Ahora sé que el Señor ayudará a su ungido”—se cumple en aquel cuyo nombre significa “El Señor salva.” La Navidad no es solo el dulce comienzo de la historia; es la llegada del rey a territorio enemigo, el comienzo de la campaña final que culminará con toda rodilla doblada y toda lengua confesando que Jesucristo es el Señor.

Pero aquí está la tensión: el nacimiento de Jesús no disipa todos los problemas de una vez. Las guerras aún azotan. Las enfermedades aún se propagan. El dolor aún traspasa el corazón. El día de angustia persiste. Lo que cambia es cómo lo enfrentamos. Lo enfrentamos como quienes ya han visto la respuesta decisiva de Dios en Cristo. Oramos como el pueblo del Salmo 20, con sincera conciencia de la necesidad, pero con la inquebrantable esperanza de que el Señor responderá.

En estos días posteriores a la Navidad, aún cantamos el nacimiento de Jesús, aún nos maravillamos de su venida, pero la mirada de la iglesia ya se extiende hacia su regreso. La Navidad nos trae ambas: la primera venida en humildad y la segunda venida en gloria. El Salmo 20 nos da las palabras para vivir en ese tiempo intermedio: orando por la ayuda salvadora de Dios ahora, mientras declaramos con certeza que la victoria final de Dios es segura.

Así que seguimos orando: por nuestros seres queridos, por las naciones en crisis, por los marginados, por los afligidos, por la iglesia para que dé testimonio en este mundo oscuro. Oramos en el nombre del Señor nuestro Dios, sabiendo que el nombre que invocamos es el mismo que anunciaron los ángeles en Belén: Jesús, el Señor que salva.

La verdad que consoló a mis hijos por la noche es la misma que nos da seguridad ahora. La verdad de la presencia. Dios ha entrado en la habitación. Dios está con nosotros, y porque Dios está con nosotros, podemos afrontar cada día de dificultades con esperanza, hasta que llegue el día en que las dificultades desaparezcan.

Oh, Señor, en este tiempo en que nos regocijamos por el nacimiento de tu ungido, escúchanos en el día de la angustia y en el día de la alegría. Que el nombre de Jesús sea nuestro refugio y nuestro cántico. Fortalécenos con la esperanza de que hayas venido a morar entre nosotros y enséñanos a confiar solo en ti. Concédenos el gozo de tu salvación y mantéenos firmes hasta tu regreso. Por el nombre de Jesús. Amén.

Jennifer Schroeder



30 DE DICIEMBRE

LA GENTE QUE ANHELA ESTAR JUNTA

Isaías 26:1-9

Abrid las puertas y entrará una nación justa que actúa con fidelidad

(Isaías 26:2)

La lectura de Isaías 26 combina partes de dos cánticos que, sin embargo, encajan. El primero, versículos 1-6, celebra la inminente victoria de los justos sobre las fuerzas de opresión e injusticia que los han acosado durante demasiado tiempo. El segundo, versículos 7-21, anticipa con anticipación ese momento de triunfo, pero se da cuenta de que aún no ha llegado. Ya, pero aún no. Quienes han regresado del exilio y leen este texto necesitan ambos cánticos, ya que la salvación de Dios llega, pero también crece. La experimentamos con distintos grados de intensidad y convicción.

La primera canción sitúa la salvación en una Sión reconstruida, donde reinan la paz y la justicia. Se producen cambios paralelos a medida que una ciudad destruida vuelve a ser habitable y las vidas destrozadas también experimentan una renovación. Las piedras y el cemento simbolizan la carne, la sangre y el espíritu, mientras la renovación toma varias formas a la vez. La ciudad, antes desolada, recibe una nueva población.

Y no cualquier población. Un pueblo justo desfila por las puertas reconstruidas. Se invitan mutuamente a abrir los portales para que todos puedan entrar. Todos pueden entrar, pero deben dejar atrás actitudes y comportamientos que dañan o traicionan a los demás. Una ciudad renovada solo puede albergar a gente renovada. De nada sirve reconstruir muros y calles si quienes los ocupan no han experimentado también una renovación de espíritu.

Esta canción también habla de un cambio de fortuna, un tema común en toda la Biblia. La ciudad otrora triunfante, en este caso quizás Babilonia, llena de crueldad, opresión y resultados desiguales, ha sufrido una caída mientras quienes una vez fueron oprimidos ahora ocupan el lugar que les corresponde como personas completas. La renovación llega en todas las formas necesarias, ya sea arrepentimiento del pecado y regeneración moral o

liberación de la opresión y el sufrimiento. Dios lo arregla todo, y los seres humanos hacen su parte en el proceso.

Esa parte humana atrae la atención del segundo cántico, especialmente sus primeras líneas: “El camino del justo es recto . . .” (v. 7). De hecho, el enfoque en la justicia humana conecta ambos cánticos. Mientras el primero termina con los pies de los pobres recién liberados, el segundo comienza con el camino que esos pies recorrerán en su búsqueda de la verdadera justicia. El camino pasa por la justicia confiable de Dios, en la que todos debemos confiar.

Las canciones nos plantean preguntas importantes al final de un año y al comienzo de otro. Una religión privatizada que no da cabida a la preocupación por la justicia, sino que ubica cada parte de la experiencia con Dios en nuestros sentimientos privados y nos permite evadir la responsabilidad por el sufrimiento ajeno: toda esa clase de fe debe desvanecerse ante la presencia del Dios verdadero que nos llama a ser un “pueblo justo”. Tanto el adjetivo como el sustantivo importan.

Pero me pregunto cómo sería una comunidad así hoy. Gran parte de la iglesia en los Estados Unidos contemporáneos muestra poca evidencia de pertenecer a un pueblo o de ser justa. La apatía y, a veces, la crueldad que gran parte de esa iglesia exhibe parecen alejadas del llamado bíblico. La ira y el miedo asfixian a muchos. ¿Dónde está la cura para la enfermedad espiritual que nos asola?

Quizás el versículo 9 dé una respuesta: “En cuanto a mi vida, te deseo [Dios] en la luz; sí, en cuanto a mi espíritu dentro de mí, te anhele.” Como muchas de nuestras canciones favoritas, esta menciona el deseo como un factor clave en la vida. No podemos ser una comunidad de personas justas sin anhelar a Dios. Un grupo sin un anhelo apasionado por la presencia divina es simplemente un club social, que quizás tenga algunos méritos y brinde placer a sus miembros, pero que está lejos de alcanzar el significado pleno del título “iglesia.” El deseo de la presencia de Dios reside en la esencia de la fe—es fe—y, por lo tanto, en la esencia de los comportamientos éticos que se exigen a los cristianos. Anhelamos lo que aún no tenemos en su plenitud, y ese deseo actúa como un purificador que elimina nuestros deseos ilegítimos de dominar, aplastar e incluso aniquilar a los demás. Estas canciones de Isaías 26 hablan de un mundo nuevo y nos invitan a entrar en él. ¿Podemos escuchar la invitación?

Oh, Dios de toda misericordia, infunde en nuestras vidas un firme deseo de ser un pueblo justo, no solo con palabras o apariencias, sino en nuestros pensamientos más íntimos y en cada una de nuestras acciones. Derriba las estructuras de poder que oprimen a la gente, que celebran el mal en sus múltiples formas, que roban la esperanza y la alegría, que nos enfrentan entre nosotros. Amén.

Mark W. Hamilton



31 DE DICIEMBRE

LA LUZ BRILLA EN LA OSCURIDAD

Juan 8:12-19

*Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida (Juan 8:12b)*

Durante los últimos dos años, he estado leyendo comentarios cristianos antiguos sobre los Evangelios como parte de mi investigación. He dedicado la mayor parte del tiempo a los comentarios sobre el Evangelio de Juan, y me ha sorprendido la profundidad de doctrina, adoración y espiritualidad que los primeros cristianos encontraron en estos textos. Durante mucho tiempo me ha costado mantener la atención en estos largos discursos de Jesús a mitad del libro (¿quizás un síntoma de mi leve TDAH?) y los comentarios antiguos me han ayudado a conectar con esta parte de la Biblia. ¡Por supuesto, esta es una de las grandes virtudes de los clásicos espirituales! Estos escritores me han ayudado a reflexionar sobre la cristología con Juan 5, los sacramentos con Juan 6, la Ley con Juan 7, la teología propiamente dicha con Juan 8, el pecado con Juan 9 y la iglesia con Juan 10. Es magnífico, es edificante, ¡y los animo a leer algunos de estos comentarios!

Como resultado, ahora podría orientarlos en varias direcciones con el texto de hoy, basándome principalmente en las ideas de otros creyentes, pero dediquemos tiempo al primer versículo. Quienes vivimos en el hemisferio norte nos encontramos actualmente en la época más oscura del año. Los días son cortos, la luz es tenue y las noches largas. Esta también es una época del año que puede ser oscura emocional y espiritualmente. Podemos sufrir de Trastorno Afectivo Estacional, y reunirse con la familia durante las fiestas puede ser difícil por diversas razones. Quizás recordemos con pesar un año difícil... o miremos con temor lo que se avecina, un año difícil.

Aquí es cuando conviene recordar el texto de hoy: no solo hay una luz lo suficientemente fuerte como para iluminar al mundo entero, sino que incluso cuando enfrentamos situaciones oscuras, aún tenemos “la luz de la vida”. Los primeros cristianos solían conectar a Jesús con ideas sobre la luz, probablemente influenciados por textos como este. Una conexión

particularmente poderosa en inglés es el vínculo con Malaquías 4:2, donde Dios dice a través del profeta: “Para ustedes que temen mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salud”. Los primeros cristianos conectaron ese “sol de justicia” con Jesús, y por supuesto, en inglés podemos decir “el Hijo de justicia”; ¡qué hermoso homófono! Jesús ciertamente nace en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestras iglesias, en nuestras ciudades, y hay sanidad en sus alas.

Quizás te preguntes qué significa que Jesús diga: “El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” ¿Es esto una garantía de que Jesús nos librará del sufrimiento? ¿Una frase de Jesús, compatible con el evangelio de la prosperidad, en la que podemos confiar porque Dios siempre cumple sus promesas? ¿Una abrogación del Salmo 23, que nos dice que ya nunca estaremos en “el valle de sombra de muerte” gracias a Jesús?

No lo creo. No dudo del poder de Dios; simplemente veo sufrimiento humano por todas partes. Todos los que he conocido han experimentado algún tipo de oscuridad: dolor, duda, miedo, sufrimiento físico, decepción, rupturas en las relaciones, dolor en la iglesia, etc. Parece ser parte normal de la vida, y ser seguidor de Jesús no nos da una carta de “salir de la cárcel” cuando se trata de las cosas difíciles de la vida.

Pero note: Jesús dice que nunca “caminaremos en tinieblas.” Varias veces en medio del Evangelio de Juan, usa el término “caminar” en el sentido de “hacer lo que uno hace normalmente” (Juan 6:66; 7:1; 11:9–10, 54; 12:35). Es cómo vives tu vida. Hay ocho usos más de este tipo en las cartas de Juan, donde vemos que el/los autor(es) mencionan caminar en la verdad, caminar según los mandamientos de Dios y caminar como Jesús caminó. Es como si Jesús estuviera diciendo en Juan 8:12: “El que me sigue no hará del andar en tinieblas su patrón habitual.” La oscuridad puede venir sobre nosotros, pero no la buscaremos, y ciertamente no nos quedaremos allí. Como dice en Juan 12:35: “Anda mientras tengas la luz.”

Aquí terminamos esta meditación y este año. Sin importar nuestras circunstancias, al finalizar el año, podemos elegir cómo nos desenvolveremos en nuestro quehacer. ¿Caminaremos en la luz, dejando que la palabra de Dios sea una lámpara a nuestros pies, guiados por Jesús, la luz del mundo? ¿O nos adentraremos regularmente en la oscuridad? Dios nos deja elegir, ¡así que elijamos con sabiduría!

Dios Todopoderoso, tu palabra nos dice que eres el Padre de las luces, de quien proviene todo bien. Al terminar este año y comenzar el siguiente, te rogamos que nos concedas sentir con fuerza tu presencia, especialmente en los momentos más oscuros de nuestra vida. Que tu Espíritu ilumine nuestros caminos. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, la luz del mundo, quien venció las tinieblas por nosotros. Amén.

David Kneip



1 DE ENERO

RESUELTO:
QUE SE HAGA LA VOLUNTAD DE DIOS

Filipenses 2:5-11

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús . . .”

(Filipenses 2:5)

De niño, el Día de Año Nuevo significaba dos cosas. Primero, la televisión, que consistía principalmente en desfiles y fútbol americano universitario. El *Desfile del Torneo de las Rosas* era obligatorio, y los partidos de campeonato llenaban la televisión. Medimos el ritmo del día según la hora de inicio. Segundo, el Día de Año Nuevo era sinónimo de propósitos. Era el botón de reinicio cultural: el momento en que la gente de todo el mundo declaraba que dejaría atrás los malos hábitos, adoptaría otros nuevos y se reinventaría como una versión mejorada de quienes habían sido el año anterior.

Para la mayoría de nosotros, sin embargo, esos nuevos comienzos no duraron. El entusiasmo de enero se topó rápidamente con la realidad de febrero. Las membresías del gimnasio acumularon polvo, los diarios quedaron en blanco, las dietas se desviaron. Los estudios confirman lo que ilustran nuestras propias vidas: a finales de enero, solo la mitad de las personas aún se aferran a sus propósitos. Y para finales de año, solo entre el 8 y el 9 % los han cumplido. En otras palabras, no somos muy buenos para cumplir las promesas que nos hacemos.

Sin embargo, la práctica de los propósitos no es exclusiva de la época moderna. De hecho, se remonta a miles de años. Los historiadores sugieren que los babilonios pudieron haber sido los primeros en practicar algún tipo de propósitos de Año Nuevo. Siglos después, Julio César reformó el calendario, fijando el 1 de enero como el inicio oficial del año. Enero estaba dedicado a Jano, el dios romano de los comienzos. Representado con dos caras—una mirando hacia atrás y otra hacia adelante—, Jano simbolizaba la reflexión y la determinación. Los romanos le ofrecían sacrificios y se comprometían a comportarse bien durante el año

siguiente. Los cristianos también adoptaron esta práctica, aunque a menudo con énfasis en la confesión, el arrepentimiento y la determinación de vivir una vida más fiel a Dios.

En el mejor de los casos, las resoluciones se centran en empezar de cero y vivir bien. Pero en la práctica moderna, con demasiada frecuencia se convierten en proyectos egocéntricos: esfuerzos por mejorar mi físico, mi productividad, mi cuenta bancaria, mi reputación. Ese enfoque egocéntrico no siempre es malo, pero puede ser superficial. Filipenses 2 nos ofrece algo más profundo. Nos llama a replantear nuestras resoluciones no en torno a la autoafirmación, sino en torno a una entrega centrada en Cristo.

El famoso pasaje de Pablo en Filipenses 2:5–11 se puede ver en tres movimientos:

(1) El llamado. “Haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús.” La palabra griega para “mente” (*frónesis*) no se refiere simplemente a pensamientos o ideas. Se refiere a la orientación, perspectiva o postura ante la vida. Pablo no nos pide simplemente que pensemos *en* Jesús; nos insta a pensar *como* Él: a ver el mundo a través de su actitud de humildad y obediencia.

(2) El Descenso. Pablo describe cómo Jesús, aunque igual a Dios, no se aferró a privilegios ni estatus. En cambio, se despojó de sí mismo, se hizo hombre, se hizo siervo y se humilló hasta la muerte, incluso la muerte de cruz. Este radical descenso contradice todo instinto humano de autoprotección, autopromoción o autoexaltación.

(3) El Ascenso. Debido a esta humildad, “Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio el nombre que es sobre todo nombre.” El honor, la gloria y la reputación le fueron otorgados a Jesús, no porque los anhelara, sino porque los entregó. La paradoja es inconfundible: el camino hacia arriba es hacia abajo, el camino hacia el honor pasa por la humildad.

¿Qué significa esto para nosotros al comenzar un nuevo año? Significa que Dios no se opone al honor ni a la reputación en sí; la Escritura habla positivamente de buscar la gloria, el honor y la inmortalidad (Romanos 2:7). La cuestión es *cómo* la buscamos. ¿La buscamos en nuestros propios términos o la recibimos en los términos de Dios? Aquí es donde Filipenses 2 desafía nuestra forma moderna de abordar los propósitos. En lugar de decir: “Me esforzaré más, lograré más o me haré mejor”, ¿qué tal si decidimos dejar que Dios nos transforme? ¿Qué pasaría si nuestro propósito no fuera “Me levantaré”, sino “Me humillaré y Dios me exaltará”?

Así que, mientras miramos hacia el año 2026, consideremos preguntas como estas:

- ¿De qué maneras puedo “vaciar” del sentimiento de tener derecho, del orgullo o de la necesidad de controlar?
- ¿Dónde me invita Dios a tomar “la forma de siervo”: en mi familia, en mi lugar de trabajo o en mi iglesia?
- ¿Cómo pueden mis resoluciones alinearme no sólo con las nociones culturales de éxito, sino con la mente de Cristo?

Comienza este año no con las palabras “háganse mis propósitos”, sino con la oración “hágase tu voluntad.” El llamado de Filipenses 2 no es a hacer una lista de metas de superación personal, sino a asumir la mente de Cristo. Y en ese paradójico gesto de humildad, descubrimos lo más verdadero: cuando nos vaciamos, Dios nos llena; cuando nos humillamos, Dios nos eleva; cuando buscamos su honor, él lo comparte con nosotros.

Señor, que tu propósito, hoy y todos los días de este año, sea sencillo pero radical: pensar como Jesús, caminar con humildad y confiar en que el camino de la bajada te llevará a la subida. En el nombre de Jesús. Amén.

Chris Flanders



2 DE ENERO

UNA BENDICIÓN EN DOS PARTES

Génesis 12:1-7

“El Señor le dijo a Abram: “Deja tu tierra y tu parentela y la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré” (Génesis 12:1)

En pleno invierno, el viento helado gemía; la tierra se endurecía como el hierro, el agua como la piedra. El lenguaje evocador de la poeta Christina Rossetti prepara el escenario para el Adviento. La Palabra de Dios penetra en la oscuridad y la sombra. Sin embargo, la oscuridad y la sombra no pueden vencer la luz que entra en el mundo (Juan 1:5). En los días posteriores a la Navidad, podemos beneficiarnos al reconocer que la Navidad es en realidad una historia sobre Dios. Y, consistentemente, en el testimonio de las Escrituras se encuentra el hilo conductor de la obra redentora de la Palabra de Dios.

Considere la impactante declaración inicial de las Escrituras: “En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, la tierra era un caos desordenado, y las tinieblas cubrían la faz del abismo, mientras el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Entonces dijo Dios: “Sea la luz.” Y fue la luz” (Génesis 1:1-3). Dios pronuncia una palabra en medio del caos y suceden cosas.

Al prestar atención a la lectura de hoy, encontramos de nuevo el tema. En consonancia con la creación y la encarnación, se nos presenta una forma de caos, una expresión de oscuridad. En resumen, el material del final del capítulo 11 sugiere que es el fin del camino para una familia. Tomemos un versículo del texto asignado a Génesis 11:30: “Saraí (Sara) era estéril; no tenía hijos.” El desastre de la Torre de Babel, junto con las genealogías que conducen a este sistema familiar identificado, deja a esta comunidad sin futuro. Es un callejón sin salida.

Sin embargo, una voz surge en el capítulo 12. Dios emite una palabra. Es una invitación: “Vete de tu tierra” y “ve a la tierra que yo te mostraré” (Génesis 12:1). La palabra también es una promesa: “Te bendeciré.” Esta doble palabra—mandato y promesa—ofrece una perspectiva notable sobre la manera en que Dios trata a la humanidad.

La primera parte de esta palabra de Dios es un imperativo. De por sí, contundente e inflexible, la palabra es: “Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré.” Abraham y Sara se enfrentan a un dilema. En su esterilidad, solo les queda su familia, su cultura, su estilo de vida. Y Dios les pide que lo dejen atrás y vayan a un lugar que nunca habían visto. Incluso en un lugar que sabían que aún era estéril. Esta invitación no es un simple mandato; es una invitación a confiar en las posibilidades de Dios.

Aquí es donde entra en juego la segunda parte de la palabra. Las palabras de Dios a esta pareja estéril hablan de promesa. Estas palabras de bendición se acumulan una tras otra, ofreciendo cada vez más bondad y esperanza para esta pareja. Tierra, un pueblo, una reputación bendecida y un legado extraordinario en el que todos los pueblos serán bendecidos. Estas cosas responden al vacío que alberga la pareja estéril, y a lo que todos deseamos. Descubrir el bienestar, poseer una sensación de seguridad y ofrecer un legado de bondad a los demás es, sin duda, ser bendecido.

Aquí reside la profunda sabiduría de recibir la Palabra de Dios. Su palabra no es solo un mandato: “Ve a una tierra.” Tampoco es solo una promesa: “Te bendeciré.” El misterio de recibir la palabra de Dios reside en la interconexión entre el mandato y la promesa. Dios nos invita a una nueva forma de ser, una forma particular de ser. Esa forma de ser implica reconocer la oscuridad, el caos y la esterilidad que caracterizan gran parte de nuestros esfuerzos humanos. Dios nos invita a ser sinceros sobre nuestra condición para que podamos responder a su invitación con esperanza. Porque la posibilidad humana es imposible. Solo Dios puede hacer lo imposible.

Por eso, el apóstol Pablo retoma el tema de nuestra pareja en su carta a los cristianos romanos: “Con esperanza contra toda esperanza, Abraham creyó que llegaría a ser padre de muchas naciones . . . Sin duda, la promesa de Dios no le hizo dudar” (Rom 4:18–20).

¿Y qué hay de nosotros hoy? Al contemplar la maravilla del nacimiento de Jesús, quizás podríamos reflexionar sobre nuestra respuesta a la maravilla de la acción de Dios. En el nacimiento de Jesús, percibimos el eco de la invitación de Dios a Abraham y Sara. Si escuchamos, podemos percibir el eco de la invitación de Jesús a sus primeros discípulos a venir y seguirlo. La bendición de la Palabra de Dios es la manera en que Dios aborda la realidad de nuestra oscuridad, caos y esterilidad, y nos invita a vivir con esperanza en el futuro de Dios.

Oh, Dios de Abraham y Sara, cuya promesa se dirige a todo lo que es estéril, danos hoy la valentía para acercarnos a ti con esperanza. Oramos por la Palabra que trajo luz a la oscuridad, Jesucristo, Amén.

Carson E. Reed

3 DE ENERO

CAMINANDO HACIA ADELANTE, MIRANDO HACIA ADELANTE

Hebreos 11:13-22

Si hubieran estado pensando en la patria que dejaron, habrían tenido la oportunidad de regresar. En cambio, anhelaban una patria mejor, la celestial (Hebreos 11:15-16)

“¿**R**ecibiste todo lo que querías para Navidad?” A muchos niños de nuestra vida les han hecho esta pregunta en los últimos días. Quizás tú también la hayas hecho, o incluso alguien más te la haya hecho. Es una pregunta bienintencionada, aunque quizás peligrosa; siempre corres el riesgo de encontrarte con un niño cuya imaginación supera con creces los límites de la realidad o que siente que recibió demasiadas prendas de vestir. También es una pregunta retrospectiva. Reconoce que la Navidad ya pasó, que se recibieron los regalos esperados y (quien pregunta espera) que ciertas esperanzas navideñas se hayan cumplido.

Dado esto, resulta sorprendente que esta sección de Hebreos 11, asignada a un día que técnicamente cae dentro del tiempo litúrgico de Navidad, pero después de que la mayoría de los norteamericanos han celebrado no solo la Navidad sino también el Año Nuevo, vaya en la dirección opuesta. Este no es un pasaje sobre esperanzas cumplidas, sino sobre la fidelidad ante las esperanzas aún no realizadas. El autor anónimo de esta “palabra de exhortación” (Hebreos 13:22) hace una pausa en el análisis de los modelos bíblicos de fe en el capítulo 11 para hacer esta observación: “Todas estas personas aún vivían por fe cuando murieron. No recibieron las cosas prometidas; solo las vieron y las recibieron desde lejos, admitiendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Quienes dicen tales cosas demuestran que buscan una patria propia. Si hubieran estado pensando en la patria que dejaron, habrían tenido la oportunidad de regresar. En cambio, anhelaban una patria mejor, una patria celestial. Por lo tanto, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, porque les ha preparado una ciudad.”

La vida de la iglesia, tanto en el siglo I como en el XXI, puede concebirse como una especie de peregrinación por el desierto mientras esperamos el regreso de Cristo. Este marco teológico inspiró gran parte de la himnodia de mi infancia: “Guíame, oh Gran Jehová, peregrino por esta tierra árida. Soy débil, pero tú eres poderoso; sostenme con tu mano poderosa.” O, para citar otro himno: “En las tormentosas orillas del Jordán me detengo y miro con anhelo la tierra hermosa y feliz de Canaán, donde se encuentran mis posesiones.” Podemos imaginar fácilmente a los fieles “extranjeros” descritos en estos versículos cantando tales himnos. El pueblo de Dios en el libro de Hebreos es un pueblo en movimiento, abriéndose camino a través del desierto hacia la tierra y el descanso prometidos. En este pasaje, los modelos de fe son extranjeros y extranjeros que anhelan llegar a casa.

Esta imagen de desierto y peregrinación ofrece algo importante a la asediada comunidad de cristianos a la que se dirige el libro de Hebreos. Ahora que el primer indicio de su conversión a la fe se ha desvanecido hace tiempo y se encuentran en medio de la tensión y la oposición social, parecen preguntarse si el viaje vale la pena. Me gusta la forma en que uno de mis maestros, James Thompson, lo expresa en su comentario sobre Hebreos: esta es una comunidad “desorientada por el abismo entre la confesión cristiana de triunfo y la realidad del sufrimiento que ha experimentado” (Thompson, *Hebreos*, 20).

Por todo ello, estas palabras podrían ser especialmente apropiadas para encontrarnos aquí, el tercer día de enero y al comienzo de un nuevo año, con la Navidad ya atrás y la vuelta a nuestras rutinas por delante. Tras la celebración del nacimiento de Cristo, tras las noticias de gran alegría, la vuelta a la normalidad puede ser desalentadora o desconcertante.

Seguimos siendo un pueblo que vive con la esperanza de la venida de Cristo, aún en el futuro. Seguimos siendo un pueblo que aún no ha llegado a casa, pero que está en camino, esforzándose por mantener la mirada fija en el horizonte de las promesas eternas de Dios. Y seguimos siendo un pueblo que, como nuestros antepasados en la fe, está llamado a avanzar con fe en medio de la incertidumbre, recorriendo juntos el camino trazado por el pionero y consumidor de nuestra fe, y confiando en que un Dios que puede resucitar a los muertos finalmente nos guiará. Que nos encontremos, tanto en este día como en este viaje, en buena compañía con otros fieles peregrinos, tanto del pasado como del presente.

Dios Santo y Vivo, aún nos hablas hoy, invitándonos a escuchar tu voz y responder con fidelidad y confianza. Mira nuestra debilidad, nuestro desánimo y nuestros corazones cansados, y fortalécenos para el camino que nos espera en el camino perfeccionado por Cristo nuestro Salvador. Ayúdanos, oh, Dios, a recorrer el camino que tenemos por delante, confiados en tu provisión, libres de ansias y llenos de esperanza en tu hogar celestial. Amén.

Amanda Pittman



4 DE ENERO

AQUELLOS QUE ESTÁN MARCADOS PARA LA GLORIA

Efesios 1:3-14

“Según nos escogió en él [Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él, en amor . . .” (Efesios 1:4)

La frase que sigue al saludo inicial de Efesios, que se extiende a lo largo de doce versículos en griego, es una de las más densas del Nuevo Testamento. Los primeros creyentes que leyeron esa carta escucharon una larga serie de palabras importantes: adopción, redención, sabiduría, voluntad de Dios, propósito, gloria y salvación, entre otras. Todas eran palabras antiguas, presentes en los Salmos y en las oraciones de bendición que los primeros cristianos pudieron haber escuchado en las sinagogas y en sus propias asambleas. El poema en prosa que abre Efesios se adapta perfectamente al mundo de la oración comunitaria, así como a la celebración del bautismo. Quienes se inician en el cuerpo de Cristo inevitablemente desean hablar con y acerca del Dios que hizo que todas esas grandes palabras cobraran vida en una comunidad de personas que viven juntas.

De niño, creciendo en Corea del Sur, aprendimos nuestra identidad. Nos la dieron nuestros padres y abuelos, quienes constantemente nos recordaban que debíamos actuar de maneras que nos honraran a nosotros mismos, a nuestros hermanos, amigos y antepasados. Nuestra conducta, toma de decisiones, actitudes y valores importaban porque pertenecíamos a una familia y a una comunidad que incluía a otras personas. Creíamos en la antigua idea confuciana de que quien se domina a sí mismo puede dominar el mundo.

Al convertirme al cristianismo, conservé esos valores y los amplié hasta convertirlos en una identidad en Cristo. Esa identidad se forja en las acciones de Dios al salvar al mundo mediante el amor abnegado demostrado en la encarnación y exaltación de Jesucristo. Pertenecemos a la familia de Dios porque Dios nos ha adoptado, como dice Efesios.

La bendición de Dios al inicio de la carta también habla de nuestros compromisos y valores. El versículo 4 dice que debemos ser santos e irrepreensibles, es decir, que debemos desarrollar integridad espiritual y moral. El versículo 8 habla de la sabiduría y la consideración de Dios, que también nos proponemos aprender como estudiantes que imitan a nuestro divino maestro. El cuerpo de Cristo es una familia que cultiva la sabiduría en cada uno de nosotros. Al vivir cada día, recordamos que pertenecemos a Dios y a los demás, y nos comportamos en consecuencia. Quien se domina a sí mismo puede estar abierto a aprender de Dios.

Este texto también muestra algo más: una sensación de asombro ante aquello de lo que formamos parte. Ese asombro debe formar parte del diseño general de la bendición inicial de Efesios. Experimentamos asombro al contemplar el alcance de la obra de Dios. Reconocemos no solo el poder de Dios, sino también el motor de ese poder: su amor. Nuestro mundo resplandece con el amor de Dios. Los cristianos nos receptamos a ese amor al ser más conscientes de nuestras responsabilidades, y nos hacemos más conscientes de ellas al observar el amor de Dios.

Sé que todas las grandes palabras de Efesios 1, especialmente “el amor de Dios”, se han convertido en clichés para muchos creyentes y observadores externos. Se usan en exceso, se maltratan y se abusa de ellas. En nuestra pereza espiritual y mental, podemos despojarlas de su significado e incluso empezar a usarlas para manipular y herir a otros. Nada sirve más al mal que las medias verdades o las acciones que parecen santas en la superficie.

¿Cómo podemos entender el amor de Dios a menos que imitemos ese amor en cada interacción humana que tengamos?

Sin embargo, a pesar de ese peligro, necesitamos escuchar la bendición de Efesios. Necesitamos recuperar sus palabras porque revelan la verdad tanto de nuestra capacidad para pecar como de nuestra capacidad para vivir con sabiduría e integridad. El evangelio es buena noticia, no mala noticia. Se trata de nuestra redención, no de nuestra desesperanza. Nos llama a doblar las rodillas y a alzar la mirada con alegría y asombro.

Al comenzar el nuevo año, tenemos la oportunidad de vivir como aquellos que están destinados a la gloria. Comencemos.

Oh, Dios, nuestro Padre Eterno, fuente de toda sabiduría y plenitud, redime todas las palabras que oímos y pronunciamos, ya sean ordinarias o grandiosas, para que podamos usarlas para señalar la gran obra que estás realizando en nosotros. Lleva todas las cosas a su debido lugar, incluyéndonos a todos. Amén.

Samjung Kang-Hamilton



5 DE ENERO

HÉROES SIN NOMBRE

Hebreos 11:32–40

“Todos éstos, aunque recibieron testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido, porque Dios había preparado algo mejor para nosotros, para que sin nosotros no fuesen perfeccionados” (Hebreos 11:39–40)

Mi familia tiene historias que nos contamos una y otra vez. La vez que mi madre asistió a la Escuela Bíblica de Vacaciones a los doce años, lo que abrió las puertas a cuatro generaciones de compromiso con la iglesia. El momento en que conocí a mi esposa en Memphis. Las circunstancias que rodearon el nacimiento de mi hija y mi hijo. Podría seguir contándolas todo el día. Mi familia conoce estas historias y podría contarlas casi palabra por palabra. Estas historias nos dan identidad. Nos centran, nos dan estabilidad y nos dan confianza para afrontar el futuro. Incluso cuando el presente se siente incierto, nuestro pasado nos ayuda a vivir con el futuro.

Michael Gallagher, en *Choque de Símbolos*, escribió que J. R. R. Tolkien escribió *El Señor de los Anillos* porque creía que habíamos perdido el contacto con “las fuentes de la maravilla”. En nuestra prisa por vivir en la superficie, Tolkien quiso refrescar nuestra imaginación y reconectarnos con esperanzas más grandes. Una buena historia, dijo, puede darnos un atisbo de “una gracia repentina y milagrosa”, una luz que se abre paso para recordarnos que la respuesta puede ser mayor de lo que imaginábamos. Creía que sus escritos fantásticos podían despertar la imaginación humana hacia la redención y reavivar la aventura de la fe. Y es por eso que contamos historias sobre George Washington y Abraham Lincoln para forjar nuestra identidad nacional.

De la misma manera, Hebreos 11 relata las historias de fe que nos moldean como pueblo de Dios. Desde la infancia, muchos las hemos escuchado en la escuela dominical, en la Escuela Bíblica de Vacaciones o en los rituales a la hora de dormir. Conocemos las historias de Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob, Lea y Raquel. Estas historias aún nos

inspiran, y a veces incluso se convierten en la inspiración de películas épicas como *Los Diez Mandamientos* o *El Príncipe de Egipto*.

Pero, como nos recuerda Hebreos 11, no hay tiempo suficiente para contarlos todos. En cambio, el escritor nombra rápidamente a algunos: Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, y luego describe su fe a grandes rasgos: cerrando bocas de león, apagando llamas, escapando de espadas, conquistando reinos. Mujeres que resucitaron a sus muertos. Estas son historias de una valentía impresionante y de la intervención milagrosa de Dios.

Y, sin embargo, Hebreos 11 también habla de otros. “Otros” que sufrieron. “Otros” que fueron burlados, azotados, encarcelados o incluso asesinados. “Otros” que vagaron por desiertos, montañas y cuevas. Estos “otros” permanecen sin nombre. Sin embargo, no son menos héroes de la fe, aunque el mundo no reconoció su valor.

La mayoría de los fieles a lo largo de las Escrituras no son mencionados por su nombre. La mayoría de los fieles en la historia de la iglesia no son mencionados por su nombre. Y siendo honestos, la mayoría de nosotros será recordada no en grandes historias, sino en actos discretos de fe diaria.

Piensa en las personas anónimas en tu camino de fe. Quizás un maestro de escuela dominical que te escuchó con paciencia. Un vecino que oró por ti. Un pastor que te animó en el momento justo. Puede que nunca aparezcan en los libros de historia, pero su fe contribuyó a moldear la tuya.

El tiempo de Adviento trata de recordar este tipo de historias: las nombradas y las anónimas, las celebradas y las ocultas. Esperamos la venida de Cristo no solo con la gran nube de testigos que conocemos por nombre, sino también con los innumerables santos anónimos que vivieron fielmente, confiando en que Dios había “preparado algo mejor” (Hebreos 11:40). Su fe, unida a la nuestra, apunta al cumplimiento de las promesas de Dios en Cristo.

*Señor de los nombrados y de los anónimos,
en este tiempo de espera, recordamos a los innumerables santos cuya fe nos abrió un camino. Algunos son celebrados en las Escrituras, otros están ocultos en la historia, pero todos son preciosos a tu vista. Danos coraje para caminar fielmente en nuestro tiempo, incluso si nuestros nombres son olvidados, para que nuestras vidas puedan apuntar hacia la venida de Cristo, el cumplimiento de cada promesa, la Luz que ninguna oscuridad puede vencer. Amén.*

Tim Sensing



6 DE ENERO

LUZ COMPARTIDA EN LA ROSCA DE REYES

Isaías 60:1-6

Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor nace sobre ti. Mira, tinieblas cubren la tierra y densas tinieblas cubren a los pueblos, pero sobre ti nace el Señor, y su gloria se manifiesta sobre ti. Las naciones vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer

(Isaías 60:1-3)

La Epifanía es el día en que la iglesia celebra la revelación de Dios a las naciones. Isaías proclama: “Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz.” Esta no es solo una palabra personal; es una declaración cósmica. La gloria de Dios irrumpe entre las profundas sombras que cubren la tierra, y personas de todas las naciones se sienten atraídas por el resplandor del amanecer de Dios. Para los cristianos, la historia de los Reyes Magos cumple esta visión. Viajaron desde lejos, llevando regalos y buscando al niño que encarna la gloria de Dios.

Las comunidades latinas e hispanas celebran este día con una entrañable tradición: la rosca de reyes. Este pan con forma de corona, decorado con coloridas frutas confitadas, es compartido por familias y vecinos. Parece una corona festiva, un recordatorio de los reyes que vinieron con regalos. Sin embargo, dentro de la rosca se esconde algo: una pequeña figura del niño Jesús. Quien la encuentre tendrá la responsabilidad de ser anfitrión de una comida el Día de la Candelaria en febrero. Este sencillo acto captura la esencia de la Epifanía: la presencia de Dios se descubre en la comunidad, al partir el pan, en la alegría de reunirse.

La rosca es teología que se puede saborear. Su forma circular nos recuerda el amor eterno de Dios, infinito e inquebrantable. Las joyas de la fruta evocan las ofrendas de los Reyes Magos, quienes reconocieron en un niño pequeño al Rey de todas las naciones. Y la figura oculta nos recuerda que Cristo aún se descubre en lugares inesperados. Así como Belén fue ignorado, también los poderosos ignoran nuestros barrios, pueblos y colonias. Sin embargo, Dios esconde tesoros precisamente en estos lugares.

La gloria del Señor no se alza solo en palacios, sino en cocinas, plazas y campamentos de migrantes donde la gente reza, canta y comparte lo poco que tiene. Isaías reconoce que la oscuridad cubre la tierra. Las comunidades conocen esta realidad: la sombra de la pobreza, la discriminación, el exilio o la violencia. Muchas familias cargan historias de migración, de dejar sus hogares en busca de seguridad y trabajo, de viajes que parecen cruzar desiertos en la noche. Sin embargo, en esta realidad llega la palabra de Dios: “Levántate, resplandece.” No es un optimismo superficial, sino un llamado a la valentía. La gloria de Dios se alza sobre nosotros incluso en lugares difíciles, incluso cuando la esperanza parece escasa.

En esta cultura, la Epifanía no está completa sin reuniones, narraciones y cantos. La rosca de reyes rara vez se come solo; se comparte. Esta práctica refleja la visión de Isaías: la luz no pertenece a un solo pueblo, sino que brilla para todas las naciones. Al cortar el pan juntos, encarnamos el sueño de Dios de comunidad: diferentes personas alrededor de una mesa, intercambio de regalos, risas que brotan. Los Reyes Magos trajeron oro, incienso y mirra. Recibimos nuestros propios dones: nuestros cantos, nuestra fe, nuestra resiliencia y nuestra alegría al celebrar, incluso en circunstancias difíciles. Estas ofrendas también son preciosas ante el Señor.

La Epifanía nos invita a mirar hacia afuera. Las naciones acuden en masa a la luz, no porque Israel la acapare, sino porque brilla libremente. La iglesia está llamada a la misma misión: llevar la luz de Cristo de tal manera que otros la vean y se sientan atraídos. Las iglesias latinas e hispanas, con su música, devoción y vibrantes fiestas, ofrecen a la iglesia global un vistazo al amanecer de Isaías. Cada vela encendida, cada rosca compartida, cada niño enseñado a orar, es un testimonio de que la luz ha llegado y la oscuridad no la vencerá.

La próxima vez, cuando se reúnan alrededor de la rosca, pasando rebanadas de mano en mano, proclamen más que una tradición. Proclamamos que Cristo está entre nosotros, oculto pero revelado, humilde pero radiante. La antigua visión de Isaías llega a nuestras mesas hoy: “Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz.”

Señor de la Luz,

Te damos gracias por la estrella que guió a los Reyes Magos, por el pan que corona nuestras mesas y por el Cristo escondido que aún aparece entre nosotros. Brilla sobre cada familia que se reúne en tu nombre. Disipa la oscuridad del miedo y la división. Haz que nuestras comunidades sean radiantes de alegría, nuestros hogares lugares de acogida y nuestras iglesias signos de tu reino. Recibe nuestros dones: nuestra música, nuestra resiliencia, nuestra esperanza, como ofrendas presentadas ante tu Hijo. Reúne a todas las naciones en tu luz hasta que el mundo sea una sola familia en Cristo. Por Jesús, revelado a las naciones. Amén.

Omar Palafox

COLABORADORES

Penny Biddy es la pastora de la Iglesia Cristiana Brook Hollow en Abilene, Texas y estudiante de doctorado en Brite Divinity School.

Ariel Bloomer es Ministro Asociado de la Iglesia de Cristo de Saskatoon en Saskatoon, Saskatchewan.

Jeff W. Childers es profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad Cristiana de Abilene.

Joel Childers es el pastor principal de Avenue Church en Glasgow, Kentucky.

Karen Cooke es la Ministra de Niños y Familia en la Iglesia de Cristo Minter Lane en Abilene, Texas.

Beth Ann Fisher es instructora de Biblia, Misiones y Ministerio en la Universidad Cristiana de Abilene.

Chris Flanders es profesor de Misiones en la Universidad Cristiana de Abilene.

Kelli Gibson es una académica independiente en Abilene, Texas.

Dana Glover es pastor de la Iglesia Cristiana Hays en Hays, Kansas.

Mark W. Hamilton es profesor de Antiguo Testamento en la Universidad Cristiana de Abilene.

Tera Harmon es profesora adjunta de Historia de la Iglesia en la Universidad Cristiana de Abilene.

Kaley Ihfe es directora de Lavish HOPE, Hope Network Ministries.

Kendra Jernigan es profesora asociada en el Departamento de Agricultura y Medio Ambiente y estudiante de M.Div./MTS, ambos en la Universidad Cristiana de Abilene.

Samjung Kang-Hamilton es profesora adjunta de Educación Cristiana en la Universidad Cristiana de Abilene.

David Kneip es profesor asociado en el Departamento de Biblia, Misiones y Ministerio y director asociado del Instituto Siburt en la Universidad Cristiana de Abilene.

Mason Lee es decano interino y profesor adjunto de Teología Práctica en la Universidad Cristiana de Abilene.

John McCurdy es un estudiante de ministerio en la Escuela de Posgrado de Teología de la Universidad Cristiana de Abilene.

Amy McLaughlin-Sheasby es profesora adjunta en el Departamento de Biblia, Misiones y Ministerio de la Universidad Cristiana de Abilene.

Omar Palafox es profesor asistente en el Departamento de Biblia, Misiones y Ministerio de la Universidad Cristiana de Abilene.

Amanda Jo Pittman es profesora asociada y directora asociada del Departamento de Biblia, Misiones y Ministerio de la Universidad Cristiana de Abilene.

Carson Reed es decano interino de la Facultad de Estudios Bíblicos y profesor de Ministerio en la Universidad Cristiana de Abilene.

Jennifer Reinsch Schroeder es directora de Summit y directora del Centro para Mujeres en el Ministerio Cristiano en la Universidad Cristiana de Abilene.

Tim Sensing es profesor de Ministerio en la Universidad Cristiana de Abilene.

Richard Wright es profesor de Nuevo Testamento en la Universidad Cristiana de Abilene.